

FERNÁNDEZ CORNEJO, JUAN ADRIÁN (1730-1797)

*DIARIO DE LA PRIMERA EXPEDICIÓN AL CHACO, EMPRENDIDA EN 1780*

ÍNDICE

PROEMIO AL DIARIO DE LA 1.<sup>ERA</sup> EXPEDICIÓN DE CORNEJO AL CHACO

EXPEDICIÓN AL CHACO

OFICIOS AL VIRREY

PROEMIO AL DIARIO DE LA 1.<sup>ERA</sup> EXPEDICIÓN DE CORNEJO AL CHACO

La muerte del Gobernador Matorras, acaecida en el año de 1775, si suspendió momentáneamente los efectos de sus negociaciones con los indios, no llegó a extinguir el celo de los que le habían ayudado a entablarlas, y era general el deseo que no fuesen malogradas.

Las palabras de paz que habían resonado en el desierto, despertaron la más viva simpatía en sus moradores, que por primera vez salían de sus guaridas para trabar amistad con los españoles.

Mientras el arcadiano Cantillana solicitaba el apoyo del Virrey en Buenos Aires, los misioneros Sena y Lapa se dirigían al corazón del Chaco, para allanar el camino a otra expedición que se preparaba en Salta bajo los auspicios del coronel D. Francisco Gavino de Arias: y D. Juan Adrián Fernández Cornejo, otro vecino de aquella provincia, se disponía a reconocer *a sus espensas* la posibilidad de navegar el Bermejo, desde las juntas del Río Grande de Jujuy hasta su confluencia con el río Paraguay.

Este proyecto había encontrado una obstinada oposición en la *Junta reduccional* que acababa de erigirse en Salta; y dos de sus miembros, D. José Molina y D. Pedro Antonio Araoz, después de agotados todos los arbitrios que pudo sugerirles su cavilosidad o malevolencia, se dirigieron al Rey para indisponerle contra esta empresa, enredando en trámites inútiles al que ofrecía sus caudales para prestar un servicio a la patria.

Luego que el coronel Cornejo consiguió ser investido con el carácter de capitán y cabo subalterno del Virrey, activó los aprestos de su flotilla, para lo cual fue personalmente a

escoger las maderas, y presenciar su corte. Falto de conocimientos en esta clase de obras, tuvo que empezarlas dos veces, consumiendo cinco meses en la construcción de tres canoas, y trasladando su astillero de la reducción del Río Negro al otro lado del río de Ledesma. Los comandantes de estos establecimientos, desconociendo el rango y la misión de este jefe, le negaron sus auxilios, con una descortesía que rayaba en la insubordinación; y un capitán que mandaba en el Fuerte de Centa, contestó a la hospitalidad que fue a pedirle en un día de lluvia, *cerrándole la puerta en la cara*<sup>1</sup>.

A pesar de estas intrigas, zarpó Cornejo del astillero de Ledesma el día 5 de agosto de 1780, llevando consigo a dos de sus hijos, y al padre Murillo en clase de capellán, con 15 hombres de tripulación.

Los primeros pasos de esta investigación fueron lentos y difíciles. El río de Ledesma, con su poco fondo y una corriente mansa, detuvo a los exploradores un mes entero, sin que les bastase otro mes y medio para salir del Río Grande. En estos 75 días apenas adelantaron 58 leguas, sin tocar siquiera las aguas del Bermejo; mientras que en la segunda jornada de 1790, el mismo jefe recorrió en 55 días una distancia de 407½ leguas, desde la confluencia del río de Centa con el de Tarija hasta la desembocadura del Bermejo en el río Paraguay.

Cornejo atribuye la lentitud de su marcha a la escasez de lluvias, que se hizo sentir aquel año en todo el Alto Perú, hasta parar la *molienda* de los ingenios de Potosí: a lo que pudo también haber contribuido la insurrección de los indios, capitaneados por el famoso cacique *Tupac-Amaru*. Y no hay duda que todo conspiró contra el buen éxito de esta empresa, hasta llegar el caso de tener que suspenderla.

Cornejo dejó sus canoas en el Río Grande, y regresó por tierra al Fuerte de Ledesma, que sólo dista 30 leguas de la Reducción de Centa; y en este breve trecho tuvo que vadear los ríos de Santa Cruz, Colorado, Seco, de Piedras<sup>2</sup>, Sora, y el mayor de todos, el de Ocloyas; que, con el de Ledesma y el Negro, bajan de las sierras de Calilegua y de Centa para engrosar el río de Jujuy, que es el mayor tributario del Bermejo. En la margen opuesta se despliega majestuosamente la sierra de Santa Bárbara, o del *Alumbre*<sup>3</sup>, cuyos terrenos brindan con su fertilidad y hermosura.

El río de Jujuy, si debe prestarse a lo que dice Cornejo, es navegable más abajo del río de Ledesma, desde el mes de diciembre hasta julio; y también más arriba, hasta las juntas de los de Siancas y de Perico<sup>4</sup>: mientras que el Bermejo lo es en todo el año, hasta su confluencia con el río de Centa<sup>5</sup>, cuyo punto dista 60 leguas de la ciudad, de Jujuy, y 22 de Humaguaca, pueblos, fronterizos y de tránsito para el comercio del Perú con las Provincias Argentinas.

Estos cálculos se fundan en los que ministra el diario, y no dudamos sean exactos, por el conocimiento práctico del terreno que había adquirido Cornejo en los cargos municipales que había desempeñado. Fue corregidor de varios pueblos de reducciones, regidor de la Provincia de Salta, y comisionado para la expatriación de los jesuitas en la ciudad del

Tucumán. En estos oficios acreditó suma actividad y honradez, por lo que fue promovido a Coronel de caballería de milicias del regimiento de Nuestra Señora de la Viña.

No contento con estos honores, aspiraba al título de *Marqués del Bermejo*, «libre de lanzas», para sí y sus descendientes. Con esta esperanza luchó trece años continuos, (desde el primer oficio que dirigió al virrey Cevallos en 1777, hasta su último viaje al Bermejo en 1790), contra los obstáculos que encontró en la ejecución de sus planes: y después de realizado, formó otros, animado siempre del deseo de sacar a su provincia del estado de aislamiento en que yacía. Los recuerdos de su familia, grabados de un modo honroso en los anales de la conquista<sup>6</sup>, hacen escusable esta ambición, que por otra parte nada tiene de extraño en una monarquía, donde los títulos de nobleza, son como los académicos, que sólo ridiculizan a los que no los han merecido.

Su primer ensayo abortó por incidentes que relataremos cuando llegue el caso de hablar del diario del padre Murillo: pero no por esto se le disputará la gloria de haber pensado, antes que nadie, en abrir una comunicación por el Bermejo. Más fácil, o más provechosa debió considerarse la navegación del Pilcomayo, que fue tentada cuatro veces en el siglo anterior; por el padre Patiño en 1721, por el padre Castañares en 1741, por un tal Casales, a quien la Audiencia de Charcas auxilió con nueve mil pesos, y que peligró en un salto en las inmediaciones de Tarija; y últimamente por Azara, cuyo diario autógrafa existe en nuestro poder así como los croquis originales de los padres Patiño y Castañares. Por los datos que contienen estos documentos, queda resuelto el problema a que dio lugar el modo ambiguo, o más bien contradictorio, en que Azara presentó este río en el *Atlas* de sus «Viajes a la América Meridional»; siendo tal esta disconformidad, que en los mapas números 2 y 5 hace desaguar el Pilcomayo por dos bocas la una más arriba, y la otra más abajo, de la Asunción, mientras que en el plano número 3 sólo le deja esta última.

Ambas hipótesis son falsas: la 1.<sup>a</sup> porque el río al norte de esta ciudad, y que Azara supone ser un brazo del Pilcomayo, es el Río *Yabebiri*<sup>7</sup> de Cruz, el *Confuso* de Arrowsmith, o el *Río de los Fogones* del padre Quiroga; el que, según este escritor, se une al río Paraguay en los 23° 51' de latitud<sup>8</sup>, y según Azara, en los 24° 24'<sup>9</sup>; la 2.<sup>a</sup>, porque de las tres tentativas hechas para penetrar en el Pilcomayo desde la Asunción, las del padre Patiño y de Azara se efectuaron por el *Araquai*, que es el brazo más inmediato a esta ciudad, mientras que el padre Castañares subió por el más austral, que es el que lleva propiamente el nombre de *Río Pilcomayo*.

Hasta podríamos citar en apoyo de esta opinión, que adoptamos, al mismo Azara, que en el borrador de su gran mapa de la Provincia del Paraguay, (cuyo autógrafa conservamos en nuestro poder) presenta al Pilcomayo con dos bocas, dando el nombre de *Pilcomayo* a la septentrional, y el de *Anegadizos del segundo brazo del Pilcomayo* a la meridional, pero colocando a entrambas al sud de la Asunción: sin que quede justificada la supresión que se hizo después de uno de ellos en la publicación de sus mapas, por estar claramente indicados los dos brazos en el croquis del padre Salvador Colón, que acompañó al padre Castañares en su navegación; la que tuvo lugar precisamente por el *brazo austral*, del que asegura Azara «no haber hallado la menor traza»<sup>10</sup>. Y ¿qué extraño sería que desapareciese el cauce principal en las inundaciones tan frecuentes de este río?

El viaje del padre Castañares, de que solo se hace mención en la Historia del Paraguay del padre Charlevoix<sup>11</sup>, es el más importante de los que se han emprendido en el Pilcomayo. Cuando se compara su croquis con el del padre Patiño, (y son esto, los únicos monumentos gráficos y auténticos que nos quedan de este río) no se puede menos de reconocer, en el primero un mayor esmero en conservarlo su verdadera fisonomía.

En la boca austral está marcado un islote que forma otra subdivisión en este brazo: lo que coincide con lo que dice el padre Quiroga en su reseña de los principales afluentes del río Paraguay; que «poco más abajo (de la Asunción) entra *por tres bocas*, por la margen occidental, el famoso río Pilcomayo<sup>12</sup>.» A la costa comprendida entre las dos bocas se le da el nombre de *Caáyaquí*<sup>13</sup>, y una extensión de cerca de 9 leguas. La navegación empezó por el brazo superior, o *Araquai*, según lo indican los días anotados en el margen. Emplearon seis días para internarse poco más de una legua, (desde el 20 hasta el 25 de setiembre), y por fin se resolvieron a retroceder, para tomar el otro brazo, cuya navegación duró 83 días, (desde el 3 de octubre hasta el 24 de diciembre) de los que hay que deducir cerca de la mitad que consumieron en *paradas*.

El curso del río es sumamente tortuoso, y muy distinto del que suelen darle los mapas del Chaco publicados hasta ahora. Muchas lagunas se forman por ambos lados, y cuando no yacen en las sinuosidades del río, muy poco se alejan de sus orillas, lo que nos -VII- induce a creer que provienen de sus derrames. Con muy cortas excepciones, las aguas de estas lagunas son dulces.

Los accidentes de esta navegación se reducen a la huida de los indios que acompañaban a los padres, y a la construcción de dos canoas, hechas *en seis días*, según se declara en el mapa; aunque nos parezca imposible que hayan podido construirse en tan poco tiempo.

Una pequeña nota puesta al lado del día 24 de diciembre, dice: *a falta de agua no pasamos más adelante*; y es probable que este fuese el mayor obstáculo que encontraron en toda su navegación.

Este importante documento, que los jesuitas conservaban en el archivo del Colegio de San Ignacio de Buenos Aires, es dedicado al padre Antonio Machoni, superior de la Compañía de Jesús en esta provincia, el año en que fue redactado.

El objeto de este viaje era hallar una comunicación, más fácil que la de los Xarayes, con las Misiones de Chiquitos, de lo que se ocupaban con ahínco los jesuitas del Paraguay: y en uno de estos reconocimientos murió poco después a manos de los Mataguayos el padre Castañares, según refiere el padre Pedro Lozano en una relación que escribió el 1.º de marzo de 1747, y que corre impresa en las *Cartas edificantes*.

Para agotar esta materia de la navegación del Pilcomayo, diremos también algo de la que emprendieron los últimos demarcadores.

Azara anunció en su obra que había dejado en el Paraguay una carta de las 20 leguas que había andado en este río; y como fuesen vanas las diligencias que se practicaron después

para hallarla, se empezó a dudar de la realidad, o exactitud de este hecho. Nos consideramos, pues, en el deber de justificar sus asertos, publicando a continuación un extracto de su navegación del Pilcomayo, cuyo diario, según dijimos, conservamos originalmente en poder nuestro. Es como sigue:

#### Viaje al río Pilcomayo<sup>14</sup>

«Considerando las grandes utilidades que podían seguirse a esta provincia y al Estado, de la comunicación directa con el Perú, y habiendo oído que el río Pilcomayo, llamado aquí *Araqüai*, era navegable hasta las inmediaciones de Potosí, resolví hacer una formal expedición por este río, cuyos preparativos referiré, porque pueden ser adecuados por casos semejantes.

Fleté una lanchita, y en cada serviola se acomodó un pedrerito; en cada costado se puso una gruesa caña *tacuara*<sup>15</sup> horizontal a la altura del pecho, y otra en el medio, de 2½ varas. Nos proveímos de bastantes cueros de toro para ponerlos doblados sobre las tacuaras de los costados, y con ellos quedaban los remeros cubiertos, sin poder ser heridos de flecha, y podían jugar los remos por debajo de los cueros. Para el caso de hallarse las barrancas muy elevadas, se podían encapillar cueros sobre la tacuara del centro, sostenidos por palitos, o tijeras, y con esto solo no podía temerse insulto al uno de la parte de los bárbaros del Chaco, que infaliblemente habíamos de encontrar. Además embarqué 8 soldados veteranos, 17 peones escogidos, 3 para el botecillo, y un baqueano; y bien provisto de víveres me embarqué el 6 de agosto de 1785 por la tarde, con el piloto D. Pablo Zizur que debía encargarse de la derrota, porque hacía cuatro meses que me hallaba enfermo con tercianas. Pensábamos fondear esta noche en la boca del Pilcomayo, pero no hallándolo conveniente el baqueano, lo hicimos en la costa opuesta. Hubo esta noche un viento sur violento, y grande marejada que anegó el botecillo. Continuó el día 7 lo mismo, y el baqueano no se atrevió a hacer la travesía.

El 8 temprano, estando el tiempo proporcionado, nos largamos, atravesando el río Paraguay, que estaba tan elevado que dicen los viejos no haber visto creciente igual, ni de tanta duración: por cuyo motivo se engañó el baqueano en el conocimiento de la boca del Pilcomayo, o *Araqüai*; y por consiguiente nosotros, que la creímos en 25° 20'38" de latitud, 0° 3' 14" de longitud, deducida de las demarcaciones a los cerritos de Lambaré N 80-13 E, y Tacumbú al N 32-42 E. Pero después averiguamos con certidumbre que está la verdadera boca en 23° 21' 9" de latitud, y 0° 1' 27" de longitud.

La supuesta boca del río era una especie de callejuela, formada con las copas de los árboles delgados y espesos, llamados alisos, algunos sauces y enredaderas. Seguimos, sin ver tierra en parte alguna, hasta las 4 de la tarde, en que al remo llegamos a un descampado sobre la izquierda, en que vi dos bárbaros que, disparando sus caballos, se ocultaron en un bosque. No nos sorprendió esto, porque desde la boca del río vimos varios humos por la proa, encendidos por los bárbaros.

Continuamos: mas luego se presentaron en la orilla sin armas dos indios, y una india que tiene una nube en el ojo izquierdo: los tres montados sin estribos, pero con freno de fierro, mal aparejo, y las bolas ceñidas a la cintura. Uno de ellos nos llamó en guaraní; y habiendo mandado el botecillo, no se atrevió a llegar, y viré con la embarcación sobre ellos. El uno traía un taparrabos y chaleco azul; el otro, sombrero, camisa y rosario, y la mujer un trapo que la envolvía mal. Me dijeron ser Tobas, que deseaban la paz, que su cacique y toldería se hallaban tras de una isla de bosque inmediata, y concluyeron pidiendo carne y tabaco en cambio de unos cueros frescos de venado. Los complacimos y acariciamos lo mejor que se pudo, asegurándoles que no recibirían el menor daño de nuestra parte, si no intentaban hacerlo: pero que de lo contrario los castigaría con rigor. Por último, concluí con encargarles que viniese a encontrarme su cacique, porque lo quería regalar; y ellos me prometieron que me verían al siguiente día.

Continuamos por el tortuoso río, cuya anchura ya se empezó a conocer que podría ser de 50 a 60 varas, y su corriente ninguna. A las 5 de la tarde computamos haber navegado con las vueltas 15 millas marítimas; y ofreciéndose en la costa de la derecha un poco de tierra, determinamos hacer noche. Aquí demarcamos la Asunción al E 3-13 S. El cerrito Lambaré, al S 44-47 E, y el de Tacumbú al E 26-13 S. Como la inundación del río Paraguay se prolongaba mucho por las orillas, no conocimos cuando entramos en su cauce.

Aunque lo repugnaban los peones, fondeé en medio del río, con las prevenciones convenientes. El siguiente día 9 nos largamos de madrugada, y cerca de mediodía fondeamos para que almorzase la peonada; estimando haber navegado 8 millas marítimas. El río seguía con sus vueltas, y orillas intratables. Su menor fondo, en las muchas veces que sondamos, fue 15 pies, y las orillas de greda. La única novedad que advertimos, fue que las orillas y costas iban siendo insensiblemente más altas: que las mayores avenidas, marcadas con broza en los troncos, eran de pie y medio sobre el agua actual por la mañana, y de vara y media al mediodía; de donde se deduce que la profundidad del río en las mayores avenidas es de 19 pies. Rara vez vimos por entre los matorrales de la orilla algún campo con islas de bosque alto, y carandays<sup>16</sup>. También vimos *capivaras*<sup>17</sup>, 6 lobos de río, y muchos yacú<sup>18</sup>, caraguatá<sup>19</sup>, 6 pavitas.

A la una nos largamos, y a poco rato notamos que, junto a una isla de bosque inmediata, volaban alrededor muchos iribús<sup>20</sup>, lo que nos hizo sospechar que allí habría alguna toldería de indios: pero no vimos persona alguna, ni caballos; aunque las huellas se conocían mucho en la costa izquierda. Habiendo navegado por la estima de 6 a 7 millas marítimas, nos amarramos. Esta tarde el río no daba tantas vueltas, siendo estas más largas: el fondo se halló de 16 a 10½ pies, y de greda; y la anchura algo mayor. La barranca continuaba en ir subiendo con mucha suavidad, y cuando paramos, tenía ya como 3 varas de elevación. Se acabaron las islas de bosque, descubriéndose por todas partes *carandays*, con plantas de algodón, particularmente a la derecha, y del cual los peones recogieron bastantes libras. Las mayores avenidas se notaban 3 varas más altas que las aguas actuales. Todo estaba diciendo que el terreno iba subiendo, y que la inundación del río Paraguay se extendía poco más arriba. No se me ocultó que cuando esto sucediere, y que viésemos nuestro río reducido a su propio caudal, sería esto tanto

más escaso de lo que es menester para establecer navegación directo a Potosí, que era lo que me había propuesto averiguar.

La madrugada del 10 llovió mucho, y continuó la mayor parte de la tarde: sin embargo dimos la vela al viento la primera vez a media mañana; pero, habiendo sucedido luego la calma, continuamos al remo hasta las 6 de la tarde, y amarramos, computando haber navegado de 9 a 10 millas marítimas. El río tenía más corriente, menos anchura, las vueltas no tan opuestas, el fondo de 12 a 7 pies, la barranca gredosa, con poca leña, y alta como 20 varas. La altura de las mayores avenidas, de 4 varas sobre el nivel actual; y conceptuamos que el río Paraguay influía poco en este paraje. Desde el tope se vio todo el día un bosque sobre la derecha, distante como 3 leguas, y al parecer se prolongaba paralelamente a nuestra derrota. Lo restante del campo era raso, sin límites, con bastante *carandays*.

El día 11 nos largamos de mañana al remo y a las 9 del día hallamos una punta de piedra, que, saliendo de la costa derecha, atraviesa la mitad de la anchura del río. Desde la salida se empezó a ver un banco de peña en lo inferior de la barranca, que tiene como 20 varas de altura, y es tajada a plomo. Las 3 varas superiores son de arena: sigue a esto una capa horizontal de tierra negra, mezclada con muchas disoluciones vegetales, que se manifiestan, en el color y en las fibras, que todavía no están enteramente reducidas a abono. Esta capa no es muy gruesa, y lo restante, hasta la peña, es greda amarilla y roja: la última está debajo, y después el banco de peña, que no sé el grueso que podrá tener, pero el que se manifiesta es poco. Esta disposición hace entender que las dos capas superiores son acarreadas. Las sondas se redujeron hasta 6 pies: la corriente hoy no era vencible con los remos en muchos parajes, que se pasaron *toando*, 6 tirando toda la gente de un cabo, con mucho trabajo, porque la barranca es alta, y precisa a hacer el tiro oblicuo. El agua del río estaba turbia como barro, y arrastraba hojas y plantas. De todo lo cual inferimos sin dudar, que el río en su estado natural no puede proporcionar paso a embarcaciones cargadas, ni a las que no lleven carga; y aun cuando sus avenidas sean grandes, tampoco podrá navegarse contra la mucha corriente: tanto menos, si en lo sucesivo es tan encajonado como hasta aquí, y no permite el uso de la vela.

Persuadido de esto, y diciendo el baqueano que no se atrevía a pasar adelante, aciéndome sus protestas, por parecerle invencible la corriente, la poca agua, y las rápidas vueltas, determinamos regresar, y lo hicimos sin detenernos un momento. De forma que entramos en la capital a la media noche».

Cualquier juicio, sobre la posibilidad o imposibilidad de navegar el Pilcomayo, sería prematuro, porque los datos existentes no bastan para fundarlo: sin embargo, es forzoso confesar, que la lectura del diario que acabamos de publicar, debilita las esperanzas que inspiraba el del padre Patiño<sup>21</sup>, aunque se desmientan en él algunas de las conjeturas de Azara. ¡Cuánto más probable es que se realice el plan de navegación del Bermejo! Murillo, Cornejo y Soria lo han recorrido de un cabo al otro, sin más tropiezos que un salto, que tampoco los detuvo en su marcha. Colocado en el centro de un vasto territorio, con un caudal de aguas suficiente, el Bermejo se presenta como el más indicado para sacar de su nulidad al Chaco, y de su aislamiento a las provincias interiores del Río de la



Plata y del Perú, cuyos ricos productos reclaman imperiosamente comunicaciones más fáciles con los demás estados.

*Buenos Aires, enero de 1838.*

Pedro de Angelis

## EXPEDICIÓN AL CHACO

Los oficiales y gente de tripulación que van bajo de mis órdenes, son los siguientes: El Dr. don Mariano Sánchez de Velasco, abogado de la Real Audiencia de la Plata, es Asesor General con título librado por mí; don Gaspar Fernández Cornejo de la Corte, es capitán del segundo buque de división; don Juan José Fernández Cornejo de la Corte, es capitán del primer buque de división; don Ángel de Escobar Fernández de Córdoba, es mi teniente con título librado por mí, por capellán, el reverendo padre Fray Francisco Morillo; Francisco Miguel Guzmán es el práctico; Félix Cabrera, intérprete.

La tripulación se compone de veinte y tres personas, de estas tres desertaron, dos quedaron enfermos, y dos no vinieron al tiempo que los llamé. Escribí carta oficio al Justicia Mayor y Gobernador de las armas de la ciudad de Salta, a fin de que me auxiliase con algunos hombres, a vista de que la gente no quería alistarse, por el gran horror que había concebido de los peligros de esta empresa, y no mereció atención ni respuesta tan justificado pedimento, y así con solos los referidos haré mi viaje.

Luego que recibí el superior permiso, y título de su excelencia para verificar este descubrimiento a mi costa, el año pasado de 1779, dos veces vine personalmente a reconocer este Río Grande, y los montes para elegir las maderas: aspirando a lo mismo, envié mis criados y personas de mi satisfacción, de cuyas diligencias y de noticias que ha adquirido de personas fidedignas, con las certificaciones que tengo originales en mi poder, daré individual noticia al fin del diario, y en el mismo se irá notando lo que se viere.

Llegado el año presente de 1780, puesto en persona el 1.º de marzo en la reducción de Tobas, y habiendo tomado por constructor de los vasos y por director de la navegación a don Juan Núñez, portugués de nación, después que se cortaron y labraron muchas maderas, y al cabo de muchos gastos impendidos y no poco tiempo gastado, erró el referido Núñez toda la obra, que se comenzó a fabricar en las riberas del Río de Ledesma que elegí por astillero, adhiriendo a su parecer: perdió la madera, falsificando de este modo el nombre de constructor quetenía. Por esto eché mano de un paraguayo, nombrado Francisco Miguel Guzmán, y lo tomé por constructor de las embarcaciones y práctico de la navegación. Este no es carpintero, por cuyo motivo trabajó otro maestro y oficiales bajo su dirección: estos eran bisonos, pues no se habían visto otra vez en fábricas de esta naturaleza. Esto, y el haber sido preciso cortar nuevas maderas, contribuyó a que se retardase la conclusión de los vasos, hasta finalizado el mes de julio. En fin, al cabo de



cinco meses completos, logré ver concluidos los vasos, que son, el primero una canoa de nueve varas de largo y dos tercias de ancho, el segundo otra canoa de doce varas de largo, una de ancho y tres cuartas, cuatro dedos de alto, el tercero un vaso de nueve varas de largo, cuatro y media de ancho, y dos tercias tres cuartas de alto.

Echáronse al agua el día 4 de agosto, y habiendo pedido al Comandante del Río Negro auxilio de doce hombres para un día, en virtud de orden de su excelencia dirigida a todos los jueces para que se me dieran cuantos auxilios necesite, me los denegó, sin embargo de que en estos presidios los soldados no tienen ocupación alguna, pues están los dichos fuertes en valor: ni me podía valer de los indios Tobas, quienes estaban ocupados, por orden de don Gregorio Zegada, gobernador de armas de Jujuy, en cerrarle un potrero para sus invernadas de mulas en esta propia frontera, y así sin haber donde ocurrir por auxilio alguno. Escusábase dicho Comandante diciendo, que su excelencia no hablaba expresamente con él en su vista: y en atención a estar ya tan avanzado el tiempo, determiné abrazar con sola mi gente tantas y tan grandes dificultades como se me oponían, para poner el barco en las juntas de Ledesma con el Grande de Jujuy.

Aunque por el mes de marzo y los dos inmediatos siguientes, parecía que el nominado Río de Ledesma tenía caudal bastante para sacar el barco, pero a fines del invierno hasta el presente mes de setiembre empobrece, como todos los demás, en su caudal, y este más que todos. De aquí nace, que este, que por aquellos tiempos tenía bella canal, en estos últimos queda por la mayor parte reducido a bancos de arena, y si se encuentra alguna canal es de longitud tan poca, y de profundidad tan pequeña, que cuando pasa de vara y media, es lo último que se puede desear. Su corriente, aunque por la parte de arriba es algo rápida, por la de abajo es bastante mansa: todo su álveo, desde un cuarto de legua más abajo del astillero, es arenisco, y por esto tan inconstante, que de un instante a otro se hallaba su fondo enteramente mudado: por cuyos motivos solo se encuentra este río navegable desde el mes de noviembre hasta el de mayo inclusive.

Corre este de poniente a oriente, tomando su origen en la serranía de Calilegua, y a la parte del oriente de su costa están las tierras de la reducción de San Ignacio de Tobas; a la costa del poniente está el Fuerte de Ledesma.

Como dos leguas poco más de dicha reducción y fuerte, está el astillero que se designó, y de este lugar, el día 5 de agosto a las 10¼ de la mañana, después de haber implorado el auxilio divino por medio de M. S. de Monserrate, dimos principio a nuestra caminata y transporte del barco. A poco que navegó encontramos un banco lleno de piedras pequeñas; entonces empezamos con el trabajo más arduo y difícil de empujar el barco, y en todo aquel día solo caminamos tres cuadras. Al día siguiente emprendimos el propio trabajo, consiguiendo siempre, cualquier adelantamiento a costa de fuerzas, durando diariamente la faena un mes cabal, sin que en todo este espacio de tiempo hubiese día que fuese favorable, antes sí muchos adversos. Días había en que la ardentía del sol tostaba aun en la sombra, si alguna se podía conseguir: días había en que postrados con lo duro del trabajo los peones, enfermaron por la mayor parte, quedando solos cinco expedidos: días hubo en que por lo recio de los temporales fríos, cesaba el trabajo: en fin, hubo días en que sentimos alguna escasez de víveres, lo que no se podía remediar de pronto, porque los avíos estaban puestos más abajo del desemboque del Río de Ocloyas en el Grande de

Jujuy, y del Fuerte de Ledesma nos hallábamos más distantes, y por lo pantanoso del río no era fácil la conducción de las reses. Determiné enviar por socorro, río abajo, al nominado paraje donde los tenía, y para esto despaché a Santiago Pérez y a Francisco mi esclavo: el primero ideó para ir, hacer una balsa de cueros, puesta sobre unos cuatro pales en forma de catre, y así llegaron al real de los víveres; y al cabo de cinco días volvieron, conduciendo el socorro en el primer buque de división.

Antecedentemente mandé a mi esclavo Lorenzo al Fuerte de Ledesma, de donde fui socorrido con una res que compré. Otra vez, a fines ya del mes de agosto, padecemos igual necesidad que la antecedente, y en la propia forma envié por socorro al real de los víveres. En todas estas ocasiones, sino hubiese sido por las muchas pavas y patos que hay en el río, sin duda que hubiese llegado nuestra necesidad al último extremo.

Toda la ribera está poblada de cañas de Castilla: en partes tienen sus cortaderas y totorales, en partes está poblada de sauces, y en partes es monte alto de cedros y otras maderas, que del valle asoma hasta la propia ribera del río. En una de ellas el Asesor halló una piedra, o rodado que tenía briznitas de metal acerado de plata. En todo el río, desde el lugar de donde salimos, sólo hallamos cinco manantiales que le entraban, dos de aquella costa que cae a la banda del oriente, inclinados al S, y los otros tres a la banda del poniente hacia al N, con poca distancia unos de otros; y de ellos el primero tenía agua capaz de correr un molino. El ruido con que caía se escuchaba bien lejos: a esta misma parte se batió una laguna bien larga.

El día 4 de setiembre, a las tres de la tarde, llegaron los vasos a las juntas de este río con el Grande de Jujuy, y allí preparándonos para dar principio al viaje el día siguiente, luego que lo vimos, hallamos que todo el río venía recogido en un cuerpo, y de extremo a extremo tendría como de 27 a 28 varas: en medio llevaba canal, en parte de dos y media varas, y en parte de dos y cuarta: en cuya atención, creyendo que esta continuaría sin mucha variación, determinamos poner el timón al barco, porque de los reconocimientos que antes se hicieron, no resultaba impedimento para caminar a remo y timón.

La madre del Río Grande es arenosa, y de arena mezclada con greda pegajosa. Por ambas costas se encuentran barrancas de tierra arenisca, y las pequeñas, formadas de las crecientes, son las que por instantes se van desplomando; mas no con aquella corpulencia que se ponderaba por el vulgo. La costa del oriente, en toda la frente de las juntas, está poblada de cortaderas y sauzales, y por la del poniente, desde el desemboque para abajo, hay cortaderas, y desde ahí para arriba hay cañaveral de Castilla. A la parte de la dicha costa del oriente se divisan las lomerías que corren de S a N, a la parte de la Serranía del Alumbre, y son estas muy montuosas.

1. El día 5, dispuestas las cosas ya para navegar, nos entregamos a las aguas a las 11½ de la mañana, con dos remos y el timón; seguimos el rumbo al N, que torció después al NE: logramos la canal que arriba queda expresada, y cosa de media legua que anduvimos, se quitó el timón, porque dio en un banco que no tenía el fondo suficiente para navegar. Vencido éste con bastante dificultad, encontramos otra canal bien larga, y de la profundidad de la primera: iba todo el río junto, y al cabo de ella dimos fondo en otro

banco corto; después caminamos con canal de más de vara, y a más de las 5 de la tarde paramos, habiendo caminado, tres leguas. Por ambas costas del río vimos caña de Castilla, en partes cortaderas, en partes laureles, tipas y otros árboles altos, de los que también se veían vestidas las lomas que bajan de la Serranía del Alumbre por la parte del oriente, y llenos los llanos de la parte del poniente. Este día no vimos sino pavas, patos y dorados, con copia en sus márgenes. Sigue la madre del río arenisca, gredosa, Saltamos en tierra la hora dicha, y habiendo dormido en el barco aquella noche, no tuvimos más novedad que una garúa que nos incomodó poco, siendo la causa de que cayese algo a lo interior, el no tener todavía cubierta el barco. Desde este día hasta entrar en el Río de Tarija o Bermejo, fiaremos el barco de gobierno de los botaletes, sin embargo de que así no podremos caminar tanto, como haríamos si caminásemos con timón y remos.

2. El día 6 caminamos a las 8 de la mañana con el rumbo al E, que luego torció al NE, y en todo el día sólo hallamos dos bancos, que el más largo era como media cuadra. Logramos canales bien largas, y su profundidad en partes era de cuatro varas a cinco, en partes era de tres varas, y donde menos, una. Las arenas y costas siguen en la forma dicha, pobladas en partes de cañaverales, cortaderas, sauces, tipas y canelones, dejándose ver dentro de las arboledas altas unos sitios verdaderamente deleitosos. Una de las muchas lomas que forman toda la serranía de la banda del oriente, se acerca mucho al río, por manera que, costeano el río la propia loma, forma unas barrancas muy elevadas de tierra roja y muy dura. Recógese todo el río en esta parte, y así forma una profundidad espantosa, que no le hallamos pie con la sonda; lo demás de las barrancas está como se refirió el día antecedente. Viéronse este día dos manantiales que caían de la costa del poniente: el primero traía agua en poca cantidad, y el segundo, que dista un cuarto de legua de aquel primero, viene seco. En el propio sitio de la barranca roja, encontraron los que iban en el segundo buque *la Esperanza*, con unos lobos, tan atrevidos que se les llegaron muy de cerca. Las pavas y patos siguen con abundancia. Todo este día caminamos tres leguas, y mucho más camináramos, si los botaletes, con que se maneja toda la embarcación, dieran lugar. Paramos a las 6 de la tarde, saltando en tierra: dormimos aquella noche sin novedad. Por la costa se vieron rastros de antas y tigres en abundancia.

3. El día 7, caminamos a las 8½ de la mañana con el rumbo al N, y a poco que anduvimos, vimos que de la parte y costa del poniente caía un manantial con bastante caudal. Encontramos un banco largo, poco menos de cuadra, y logramos la canal bien larga y profunda, que en varias partes llevaba de profundidad cuatro varas, dos y media, una y tres cuartas. Las arenas son de la misma especie que las halladas en los días antecedentes, sin que ni en las barrancas, ni en las arboledas de ambas costas se haya notado diferencia. Por aligerar el barco determiné que alguna parte de gente pasase a los dos buques menores: me embarqué en el primero, por reconocer el sitio donde estaban puestos los víveres, y llegué al mencionado real a las 9 poco más: el segundo buque saltó a tierra en el expresado real a las 11 del día; y el tercero, que es el mayor, a las 2 de la tarde. Hay dos leguas desde el lugar donde dormimos aquella noche a este de los víveres; y a la una legua de uno y otro, desemboca por la costa del poniente el caudaloso Río de Ocloyas. Paramos aquella tarde para cargar y bendecir el barco, pues aquí se nos juntó el reverendo padre capellán. Dormimos aquella noche sin novedad.

4. El día 8 se dijo en el barco la primera misa sobre las aguas, y acabada, se bendijeron los vasos. Llamose el primero, que es la canoa pequeña, *Descubridora*, el segundo *Esperanza* y el tercero *María Domingo*. Cargáronse el segundo y el tercero, e hice saber el título con que me honró su excelencia, y los nombramientos de oficiales que creé; y tomando a la gente en forma debida el juramento de fidelidad y obediencia, que deben observar a nuestro Católico Monarca (Dios le guarde muchos años), se hizo la salva real, y caminamos a la una de la tarde, y en poco más de un cuarto de legua que anduvimos, se hallaron dos bancos, por cuyo motivo paramos a las cinco de la tarde y saltamos a tierra. La madre del río es arenisca gredosa, sus costas y barrancas en todo semejantes a las antecedentes, y en ellas encontramos rastros de anta o gran bestia, de tigres y corzuelas, lo mismo que en los días antecedente, y así se colige haber mucha abundancia de estas fieras, y también de pavas y patos. El fondo de la corta canal que logramos, fue de vara y media. Pasamos la noche sin novedad.

5. El día 9 salimos a las 12 del día, porque hubo que pasar parte del banco de la tarde antecedente, el que logramos vencer, descargando el barco; y puesto este en la canal, que era de tres varas de fondo, caminamos aquella tarde dos leguas. Prosiguen las arenas gredosas en el álveo del río, sin variar las barrancas en cosa alguna, verificándose lo mismo en cuanto a lo vegetable. Las pavas, patos y loros siguen como arriba. Viéronse dos manantiales, uno que caía de la parte del oriente, y otro de la del poniente. Habiéndose adelantado a buscar canal el baqueano Guzmán, vio que estaban retozando en tierra unos lobos. Aquella tarde paramos a las 5 de la tarde, dejando para el día siguiente el vencer un banco largo que se nos ofreció. Saltamos en tierra a aquella hora, y en la ribera vimos rastros de antas, ciervos y tigres. Pasamos aquella noche con bastante descanso.

6. El día 10, después que se dijo la misa, se descargó el barco para pasar el banco que queda referido, y habiendo pasado éste, caminamos en una canal bien profunda, en la que, vuelto a cargar el barco, caminamos al E, y a poco trecho torció el rumbo al N. Sigue la madre arenisca gredosa, y las barrancas como en los días antecedentes. Por ambas partes se alternan los cañaverales y cortaderales, y en partes hay sauzales tan altos y tan rectos, que aunque hubiesen sido objeto de los mayores cuidados, no se hubiesen criado mejor: así forman sitios tan amenos que parecen unas alamedas muy hermosas. También hay montes de tipas, cañaverales y algarrobos. De la costa del poniente se descuelgan al río, dos manantiales, distante uno de otro un cuarto de legua; y en frente del segundo, en la costa del oriente, se halló una laguna que mandé reconocer por los aullidos de lobos que se oyeron en ella: habítanla lobos y capívaras; por esto se le puso el nombre de *Laguna de Lobos*. Caminamos este día tres leguas, y paramos a las 5 de la tarde, y saltando a dormir en tierra se pescaron aquella noche bagres muy hermosos, sin que hubiese novedad en ella.

7. El día 11 por la mañana, después de haber pescado con anzuelo algunas mojarras y bagres, caminamos a las 8¼ siguiendo al N, y después por la vuelta del río al NE llevamos canal bien larga y de gran profundidad: mas no era pareja, pues a trechos pasaba de cinco varas, a trechos tres, y a trechos una. Las arenas gredosas continúan, y las

barrancas en la propia forma que las antecedentes, pobladas de cañaverales, sauces y tipas. Como al principio de este día se quedó atrás la canoa *Esperanza*, y salió un poco después que nosotros, vieron lo que en ella venían, que bajaba una anta, la que con verlos poco espanto recibió. Por ambas costas se ven muchas cuevas de lobos. Por la costa del poniente hallamos cerraja, y habiendo caminado dos leguas, a las 2 de la tarde llegamos a las juntas del *Río de Sora* que es pequeño; trae poco caudal de aguas, pero sí llenas de varias virtudes medicinales: las arenas son gruesas y rojas. Paramos allí en una isleta que forma el Río Grande, y en menos de una hora se pescaron cinco dorados muy hermosos. Esta misma tarde aparecieron muy cerca de donde estaba amarrado el barco 3 lobos. No hubo novedad esa noche.

Los días 12, 13 y 14, paramos en el mismo sitio a fin de poner la cubierta de cueros al barco, para que las aguas, que por instantes esperábamos, no nos perjudiquen, y en atención a que ya estábamos próximos a entrar en la tierra de los infieles, pues las que hasta aquí hemos pasado son de Tobas, que están en reducción. En estos tres días hemos logrado muchos dorados, bagres y mojarras, y la tarde del 13 salieron unos lobos al río. Este hace unos recodos de no poca extensión, y como en el más inmediato a las juntas de Sora se vio rastro de vacas, y Tomás Paramini vio una, el día 14 a las 3 de la tarde envié cinco hombres, armados de carabinas y lazos, para carnear, y aunque registraron alguna parte del monte, no hallaron sino un laberinto de sendas, y una multitud de rastros frescos y viejos. El propio día fui con mi asesor, teniente y capitán del primer buque, a reconocer algún trecho del referido Sora, aguas arriba, y sólo notamos lo dicho de sus arenas, y algunas piedrecitas que traía.

8. El día 15, después de la misa, caminamos a las 9 de la mañana seguimos el rumbo al N, caminando por una canal larga y profunda de más de tres varas, y donde menos de una de profundidad. Luego se nos ofreció atravesar dos bancos como de media cuadra cada uno, y en medio de ellos hallamos una canal larga y profunda como la antecedente. Para pasar este último banco, se determinó descargar el barco, en cuya diligencia nos tomó la noche, y acordamos saltar a dormir en tierra, dejando el barco al fin del banco: caminamos este día legua y cuarto. Las arenas gredosas, barrancas bajas, y pobladas en varias partes de cortaderas, cañas, sauces y otras maderas, siguen como en los días antecedentes. Poco más abajo del desemboque de Sora bajan por ambas costas del río, desde las sierras del Alumbre y Calilegua, dos cuchillas de lomas como buscándose la una a la otra, y ambas vienen a rematar junto al río, frente una de otra, y están pobladas de monte espeso y alto. Los patos, pavas y loros siguen como en los días antecedentes. Pasamos la noche de este día sin novedad alguna.

9. El día 16 salimos a las 9 de la mañana, siguiendo al E, y luego torcimos al N. Tuvimos que vencer la parte del banco antecedente, y logramos una canal algo larga y de profundidad regular, desde dos varas y media hasta una: hallamos dos bancos más, y en el uno se descargó. Caminamos todo aquel día una legua. Las arenas y costas siguen en la propia forma que las antecedentes: hallamos en la costa del oriente yedra. Acercáronse mucho al río las lomas muy montuosas de la serranía del Alumbre. Pescáronse muchos y muy grandes dorados, vimos también lobos que se nos llegaron de cerca. Al cerrar la tarde se cargó el barco otra vez, y a poco que caminamos paramos, porque ya anohecía,

y saltamos a dormir en tierra en una isleta que forma el río. No hubo novedad aquella noche.

10. El 17, después de la misa, salimos a las 9¼ siguiendo el rumbo al N. Logramos canal en la propia forma que los días antecedentes, encontramos un banco en el que fue preciso descargar el barco. Las arenas son gredosas como las demás; si bien encontramos piedrecitas cerca de una loma que baja de la serranía del Alumbre, y se aproxima al río: esta es montuosa, y por la distancia no se pudieron conocer las especies de los árboles. Las costas son montuosas, llenas de algarrobos y sauces y otros árboles, sin dejar de seguir en partes el cañaverl. A poco trecho de donde salimos, encontramos una isla grande, y después de haber andado legua y media, paramos a las 5 de la tarde. En este sitio se ve muy inmediata la Sierra de Calilegua, y a ambas costas se acercan mucho las lomas que bajan de las dos serranías de oriente y poniente. Este día encontramos tres manantiales muy inmediatos unos de otros, y el uno de ellos tiene sus aguas bermejas: estos tres caen de la banda de oriente. Ya está dicho que en el banco descargamos, y esto fue sin embargo de que había canal, pues esta no se reconoció al principio. Este día se distinguieron al N, tierras adentro, fuegos de indios. No hubo novedad en esta noche.

11. El día 18 caminamos a las 8 de la mañana con el rumbo al N. Encontramos dos bancos no muy cortos. La canal que en partes logramos llevaba profundidad grande a trechos, otras veces menos, hasta una vara. Las arenas gredosas, y las costas siguen como las antecedentes. En la costa del oriente se ven sobre el propio río las lomas de la serranía del Alumbre, y a la más inmediata envié a reconocer a Guzmán y a Alonso Ayala: estos, subiendo la cima, hallaron muchos lapachos, quebrachos, urundeyes y *tatayubas*, que es un árbol que da moras y son muy apreciadas en el Paraguay, donde los hay con abundancia: asimismo vieron estos en la loma unos boquerones muy profundos de tierra roja. A efecto de este reconocimiento pasé yo en persona, y hallé ser cierto todo lo referido. Cae un manantial de la costa del poniente en frente de una de las lomas del Alumbre, y otros tres, si muy distantes del primero, (cosa de una legua) muy inmediatos entre sí: caen estos de la misma costa del poniente, y a esta misma parte se vio una laguna llena de totoral, del que se le dio nombre. Caminamos este día una y media legua, dejando descargado el barco en el segundo banco. Saltamos a tierra, y aquella noche no tuvimos novedad.

12. El día 19 salimos a las 8 del día, siguiendo al E, y la canal que llevamos tenía fondo de dos varas: a poco que anduvimos encontramos un banco corto, y vencido éste hallamos canal seguida, que en partes tenía más de cinco varas y donde menos, una. Paramos a las once del día en una isla de piedras menudas: esta está distante más de dos leguas de donde salimos; luego tomamos el camino, continuando con la propia canal. Más arriba de esta isleta se acerca mucho una lomería de las del Alumbre: esta es montuosa, y por su falda corre el río. Más abajo de aquí encontramos unas lomas de Calilegua también montuosas, y recostado al pie de ellas corre el río. El álveo de éste es arenoso, y en partes hay alguna piedrecita. Las costas y barrancas siguen en la propia forma que las de arriba: se vieron sobre el propio río tipas, laurel, palo blanco, cebiles colorados y blancos, algarrobos, espinillos, urundeyes, cedros, nogales, pacaras, mistol, viraro, canelón y otras maderas. Las pavas, patos y loros con abundancia. Tuvimos otro

banco y por esperar al segundo buque, la *Esperanza*, paramos a las 5 de la tarde. Viéronse dos yacarés en el río. Dormí aquella noche sin novedad, y en todo el día caminamos tres leguas,

13. El día 20 caminamos a las 7 de la mañana con el rumbo al N: llevamos canal profunda que en partes pasaba de cinco varas en partes era menor, y en partes una donde menos. Las arenas son a trechos gredosas, y a trechos en la costa del oriente se hallaron algunas piedrecitas por la parte del poniente: a poco que anduvimos, vimos un trecho de salitral, y remata éste en tierra gredosa. Tuvimos que vencer tres bancos, y sólo uno de ellos era largo, que tendría una cuadra. Las costas están pobladas de monte, pero con más espesura la del poniente. Hay en ella las maderas dichas en el día antecedente. También hay palo de lanza y sauces muy elevados, y desde luego forman estos los objetos más deleitosos a la vista, como sucede en la mayor parte del río. Por la parte del oriente sigue una cuchilla de lomas. Viose un yacaré. La caza sigue como siempre. Donde se ha notado más abierto el río ha sido en esta parte, y en ella a la costa del poniente vimos algunos ranchos dejados de indios. Caminamos este día más de cuatro leguas, y paramos a las 5½ de la tarde, y en toda la noche no hubo novedad.

14. El día 21 después de oír misa, con el rumbo al N caminamos a las 7 de la mañana, y como se nos presentó, a poco trecho de canal profunda, un banco largo como una cuadra, fue preciso descargar el barco para vencerle: después de vencido, y puesto en la canal larga y profunda, se cargó y caminamos en todo el día tres leguas, y a más del banco referido encontramos otros tres. La madre del río sigue con la arena gredosa, y en partes se hallaron piedrecitas. En las costas en partes se notan cortaderales, cañaverales, maciegales y sauzales: aquí es donde regularmente ensancha el río, y forma algunos bancos. En partes por ambas costas se ven sauces muy grandes y otros árboles, con más extremo en la del oriente, donde se hallan las propias maderas que en los días antecedentes. También se encuentra tatayuba y quinaquina en abundancia. Viéronse dorados y unos esqueletos de surubís, el uno de ellos era tan largo como un hombre de regular estatura: los dorados hay con tanta abundancia, que desde el día 12 no se han dejado de pescar cuando menos dos diariamente, corriendo parejos los bagres, como asimismo las payas, patos y toros. En las barrancas (que siguen como las primeras) vimos un salitral bastante largo. Paramos a las 5¾ de la tarde, y de este sitio divisamos a la parte del N unas lomas montuosas, que según se comprende bajan desde Calilegua: su inspección o reconocimiento queda por hacerse (queriendo Dios) en los días sucesivos. Este propio día se cazaron algunas pavas en el monte alto, al que muy inmediatos paramos. Dormimos aquella noche sin novedad.

15. El 22, luego que aclaró el día, no se despreció la oportunidad que la abundancia y el monte franqueaban de cazar pavas. Salimos a las 7 de la mañana al NE, y después al N: hemos logrado canales largas y profundas, cuyos fondos tienen la misma variedad que las hasta aquí observadas. Hemos tenido cuatro bancos, y el uno de ellos largo. El álveo es como el que hasta aquí se ha notado; si bien que hoy encontramos alguna piedra menuda. Las barrancas siguen como al principio, con la diferencia de que es un trecho largo de monte: son de tierra roja, y en dos partes de las costas de oriente y poniente hay salitrales: van también pobladas de arboledas, sauzales, cortaderales y cañaverales, y en la costa del



oriente se vieron palmares de Castilla. Los sauces altos son tan vistosos y hermosos, que presto dan a conocer que sólo el autor de la naturaleza podía crear cosas tan cumplidas: aquí es donde las más altas ideas de la perspectiva tienen muchas lecciones que aprender. Por la costa del oriente entran tres manantiales distantes entre sí, y el primero, aunque para caer al río, usa del embozo de una espesa palizada que arrojaron las corrientes, quiere robar la atención debida al río, abusando del silencio y mansedumbre que este observa en su curso. Por la costa del poniente y de la Sierra de Calilegua baja un pequeño río: juntase éste con este Río Grande, y aunque más arriba de su desemboque le llaman el *de las Piedras* por las que tiene, pero acá le hemos nombrado el *Colorado* por sus corrientes rojas. La abundancia de las aves sigue, y no menos la de los peces, pues se pescaron muchos dorados y pacúes. También vimos dos antas y dos ciervos, y de esta especie de fieras hay abundancia. En el propio desemboque del río se vieron rastros de vacas, después de haber andado cinco leguas paramos a las 5 de la tarde, y aquella noche no tuvimos novedad.

16. El 23 caminamos a las 7½ de la mañana con el rumbo al N, y luego torció al NE, y como es propio de este río el caracolear mucho, muda de rumbos, pues este día volvió al NO muchas veces, Seguimos una canal muy larga y profunda, que en partes pasaba de 6 varas, así iba a menos hasta una vara, que es la necesaria para surgir el barco en el estado presente que va sin timón, ni lleva más cargas que nuestros avíos. Como queda atrás dicho, todo el gobierno del barco está librado a los botaletes, y por esto es que sólo caminamos a la voluntad de las corrientes que son muy mansas. Encontramos solo un banco, y aunque pequeño, nos fue preciso descargar el barco, y en esta parte ensancha mucho el río. Las arenas gredosas siguen, y en partes algunas piedrecitas. Como dos leguas río abajo de donde salimos, hay una isla no pequeña, y luego que pasamos esta, divisamos por la costa del oriente unos llanos muy dilatados, que en partes están poblados de unos listones de monte alto, y por la mayor parte de unos pastales muy hermosos: tanto el pasto como el monte bajan hasta la propia costa. La serranía del Alumbre queda muy atrás, más la de Calilegua con las sierras altas de Centa siguen por el poniente: estas últimas se nos presentaron este día algo cerca. De esta misma parte llegan hasta el río dos cuchillas de lomas, y forman unas barrancas de tierras rojas. Lo demás de las costas prosiguen, ya montuosas de árboles altos de la misma especie, que hemos notado en los días anteriores, ya llenas de maciegas, pastales y cortaderales. Hay también en la costa del poniente algunos salitrales. En la costa del oriente se vieron palmares, también tres ciervos en diversas partes de la ribera, y dos yacarés. La pesca y caza siguen con abundancia. Paramos a las 6 de la tarde, después de haber caminado cuatro y media leguas. Luego, al cerrar la noche, nos cayó un golpe de lluvia bastante furiosa, y por la noche ya tarde nos cayó otro golpe, sino tan furioso como el primero, pero con más abundancia: duró hasta que aclaró el día. No tuvimos más novedad aquella noche.

17. El 24, después que se dijo misa, salimos a las 9 de la mañana siguiendo el rumbo al N, otras veces al NE y aun al E según el curso del río. Encontramos canales cortos y de profundidad: una que pasaba de tres varas, y las demás bastantes para lo que cala el barco, que es, cargado, una vara. Encontramos cuatro bancos, y el uno de ellos muy penoso, que fue preciso para aligerarlo el saltar todos a tierra. Las arenas gredosas siguen alternadas con piedra menuda. Las costas son también como las que vimos en los días

antecedentes, y en partes la del poniente tiene sus sauzales: las maderas son las que se expresan en los demás días; no faltan maciegas, cañas, cortaderas y pasto. Por la parte y costa del poniente vimos dos lomas que bajan de aquella serranía, y de ellas la primera remata junto al río, pero la segunda cae hasta la propia lengua del agua, y forma una barranca muy alta, roja y hermosa, que tiene su listón de tierra negra, coronada de árboles y firme; tanto que, para desrumbarse un pedazo ha menester creciente poderosa. La pesca y caza como hasta aquí, con otras varias aves, cuyos nombres se ignoran. Paramos a las 6 al pie de la barranca roja, y anduvimos dos leguas poco más: llovió un poco, y no tuvimos más novedad aquella noche.

18. El 25 caminamos a las 7 de la mañana con el rumbo al N, y a poco trecho torció al E: logramos un gran espacio de canal, siempre variable en su profundidad. Encontramos un banco bastante penoso, tanto que para salir de él fue preciso descargar el barco, y como la mayor parte del día se nos fue en esto, habiendo resultado de la sonda que nos esperaban dos bancos no fáciles de vencer, aunque intercalados de pequeñas canales, determiné, pasado el dicho banco, parar antes de las 5 de la tarde, para disponer las cosas que eran menester para maniobrar el día siguiente. Las arenas y barrancas siguen como las del día antecedente, a excepción de la alta y roja que ayer se notó, pues esta costea por el poniente gran trecho. Las costas por ambas partes están interpoladas de cañas, árboles etc., en la propia forma que hasta aquí se ha observado.

Este mismo día divisamos por la banda del oriente una sierra que corre de S a N, igualmente con la del Alumbre, e inmediata a ella: a esta le dan unos el nombre de *Alumbre* y otros el de *Santa Bárbara*, por el fuerte que está situado en ella: esta dicha sierra cae ya a la parte del Chaco, y forma un valle fecundo, lleno de maderas apreciables. Tiene sólo cuatro entradas preciosísimas, que son la *Cuesta Nueva*, *Santa Bárbara*, *San Antonio* y *Guadavedí*. También hay un cerro dentro de este valle, pegado a la serranía del Alumbre, que es a forma de un pan de azúcar y tiene este nombre. En la costa del oriente en una cueva encontramos un lobo, y a eso de las 10 de la mañana vimos una cierva que atravesaba el río. También retiróse de nosotros Tomás Paramini contra mi orden. Después de haber andado legua y media, paramos a la hora dicha arriba, y pasamos la noche sin más novedad que el no haber vuelto Tomás. La pesca, y caza de volatería van como siempre.

19. El día 26, a las 7 de la mañana, comenzamos a caminar así al N, siguiendo una canal muy corta que tendría dos y media cuerdas de largo: su fondo desde tres varas hasta una, que es necesaria: duró esta poco, y luego dimos en un banco que el día antecedente referimos esperaba. Dimos principio a descargar el barco, transportando las cargas en la canoa *Esperanza* a la banda del poniente, donde hay una canal muy profunda. En este mismo sitio tiene tales derrames el río, que hay parte en que lleva de fondo poco más de dos cuerdas, sin que puedan servir dos canales que forma así a ambas costas: pues la de la parte del poniente desemboca en un banco, y la del oriente comienza con un boquete muy estrecho, y de los derrames escasísimos del propio río.

Aquí estuvimos todo el día, venciendo con la diligencia, fuerzas y sufrimiento dificultad tan grande como se nos objetaba, no tanto por el río cuanto por la estación del tiempo:

pues en este año más que otros se ha sentido tanta escasez de lluvias, que no solo la provincia del Tucumán, sino también las provincias del Perú han padecido esta plaga; como la Villa de Potosí, según tengo noticia, que hubieron de parar por la parte de noche las molindas de los ingenios. A más de esto, por la primavera se disminuye tanto este río y los que le aumentan, que ponderado el caudal que poseen desde el mes de diciembre hasta el de junio inclusive, a este que al presente llevan, bien claramente se conoce lo que va de tiempo a tiempo. Es prueba de ello (callo lo de la voz común) lo mismo que se ve, pues por una y otra costa se notan palizadas no pequeñas y arrojadas en distancia, acreditando esto mismo los bañados. Las arenas y costas siguen como hasta aquí: por la parte del oriente hay pasto, cañas, cortaderas, maciegales y sauzales, por la del poniente arboledas altas de algarrobos, chañares, quinaquina y palo blanco; en esta misma parte sigue inmediata, al río una loma de S a N. Este día volvió Tomás, y se le reprendió el error de haberse separado de la tripulación. La caza y pesca son abundantes. Cesó el trabajo a la cinco de la tarde, y quedó el barco atravesado en medio del banco, y pasamos la noche sin novedad.

20. El día 27, habiendo dado principio a las maniobras para sacar el barco a las 7 de la mañana, duró esta faena hasta las 9, a cuya hora entramos en la canal: su rumbo al NE que volvió al E, de que hice mención el día antecedente. Esta al principio no tiene tanto fondo como hacia el medio y fin; pues así allá no pasa de vara y media, acá tiene más de seis varas; ésta pues es bastante larga y da fin en un recodo donde principia a ensanchar el río. Aquí hallamos otro banco poco distante de otros dos, que también pasamos sin mayor dificultad. La madre del río está mezclada de arena dura y de la gredosa. Las costas son como las de arriba, la del oriente llena de pastos, maciegas, cañas y listones de monte alto: por esta parte se nos manifiesta un campo muy dilatado; la del poniente es montuosa, llena de algarrobo, chañar, mistol y otras frutas y maderas. Por aquí se dejan ver unas lomas muy inmediatas al río, y una de ellas descabeza hasta la propia lengua del agua, y forma unas barrancas medianamente altas, y entre estas mismas desemboca el Río Seco, que por este tiempo se seca, y sólo lleva agua en su nacimiento. Bajo de un algarrobal se vieron rancherías viejas de indios. Se pescaron bagres y pacúes, y se cazaron algunas pavas, las cuales con los patos siguen con la misma abundancia que antes. Caminamos en todo este día legua y media poco más. Pasamos la noche sin novedad.

21. El día 28 salimos a las 8 de la mañana, caminando al N: logramos una canal larga y profunda. Dimos en un banco, que aunque algo largo, no costó mayor trabajo; a este se siguió otra buena canal, y como remata esta en un banco largo y sumamente espacioso, fue indispensable descargar el barco enteramente para poderlo pasar; echamos mano de la canoa *Esperanza*, que es la única que no encuentra dificultades en la maniobra: pasamos toda la tarde logrando con el empeño de la gente el vencer el banco, y dormir sobre bastante canal. El álveo es como el que hasta aquí hemos traído. Las costas en la propia forma, la del oriente demuestra un campo dilatado lleno de pastales, la del poniente se nos presenta poblada de monte alto, y con cañadas que forman las lomas que hay en esta costa; y en esta misma, hacia al banco referido últimamente, se vieron rastros frescos de caballos, y hacia la ceja del monte, una senda que al parecer descubriría ser de indios: pues trajinan estos países los Mataguayos que están en la reducción de Centa, bien que no

todos. Este propio día, al amanecer, se oyeron monte adentro ladridos de perros. Vimos a cosa de las 10 del día dos antas y dos ciervos, hembra y macho. La volatería sigue con abundancia. Caminamos una legua. Pasamos la noche sin novedad.

22. El 29, después de dicha la misa, caminamos a las 8½ de la mañana, siguiendo el rumbo al N: logramos canal algo larga, cuyo fondo era desparejo, pues en partes pasaba de cinco varas, en partes tenía menos, y en partes lo bastante. Encontramos un banco que tenía de largo más de una cuadra, y llevaba en partes muy poca agua. Desde luego nos hubiera sido fatal, si en medio de tanta extensión no llevaba canales, sino bastantes para caminar, más fáciles para llevar. Aquí descargamos enteramente el barco, y en esta maniobra se nos fue la mayor parte del día, desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Habíamos saltado en tierra, y con este motivo encontré arrojado de las crecientes un bizarro cedro: aprovechélo para palo mayor del barco, y mientras duró la faena, se labró, y ya lo traigo conmigo. Vencido el banco, paramos a las 4 de la tarde, y anduvimos solo media legua. Las arenas gredosas, y las costas siguen sin diferencia de las de adelante, y sólo en la del poniente, en el monte alto que tiene, vimos muchos pacarás. Las pavas y patas abundan en extremo. Pasamos la noche sin más novedad que un duro viento S, que duró hasta el amanecer, y nos hubiese perjudicado, si el vaso no hubiese estado bien asegurado.

23. El día 30 caminamos a las 8½ de la mañana siguiendo el rumbo del NE, y con las vueltas del río torció al E, sin permanecer a punto fijo. Logramos canales largas y profundas, con variedad de fondos. Encontramos cuatro bancos que nos detuvieron poco. La madre del río sigue arenosa, con la mezcla referida. Las costas parecidas a la de los días antecedentes: por una y otra parte se descubren campos ya abiertos, ya montuosos, y el de la costa del poniente, según parece, remata en una loma que, comenzando de la serranía de Calilegua, baja internándose por el campo, a cuyo pie dicen están las juntas del Bermejo con este Grande: esta dicha se nos presentó a la vista este día. Se pescaron unos dorados, bagres y pacúes. Estando caminando la canoa *Esperanza*, voló de dentro del agua a alguna corta altura, un pejecillo muy pequeño, al cual los Paraguayos llaman *piravirá*, que traducido en nuestro idioma quiere decir *peje-pájaro*. Aseguran estos haber sido este polluelo, pues en el Río Paraguay los hay de una tercia. Cayó pues éste en la canoa dicha, y habiéndolo tomado a mano, lo registramos. A más de las 4 de la tarde se nos presentaron seis lobos, y con remedarles sus aullidos les hacíamos llegarse bien cerca. Venían sumamente embravecidos, sacando medio cuerpo fuera del agua, y con los perros y tiros que les hicimos, tuvimos un gran rato de diversión: matáronse dos, y los demás huyeron heridos. Poco más abajo de este sitio paramos a las cinco de la tarde, habiendo caminado más de dos leguas. Pasamos la noche sin novedad.

24. El día 1.º de octubre, después de dicha la misa, caminamos a las 7¾ de la mañana, siguiendo el rumbo al E, y luego torció al N. Logramos canales profundas, pero unas largas y otras cortas: profundidad había de seis varas, y también de menos. Cuatro bancos vencimos, y uno de ellos con bastante dificultad, y por esto sólo anduvimos legua y media. Las arenas y costas siguen conformes a las antecedentes. La caza y pesca, del mismo modo que hasta aquí. Este mismo día, habiendo saltado a tierra, encontramos un ciervo extremoso en las astas, y caminando adelante, hallamos que por la costa del

poniente se juntaba un río con este, trae aquel las aguas cristalinas, y en más porción que el de Sora: dicen que para arriba tiene sus aguas rojas, y por esto le llaman el *Río Colorado*; nosotros aquí le llamamos *San Miguel*. Los rastros de antas, ciervos y tigres siguen con la abundancia que otra vez se expresó. En frente del desemboque de este, paramos a las 5 de la tarde, y a esta misma hora, a la parte del N, se observaron muchos humos. Pasamos la noche sin novedad.

25. El día 2 salimos a las 8 de la mañana con el rumbo al N, y a poco trecho que caminamos, dimos con un banco muy largo, en partes con poca agua, por lo mucho que se abre el río, y en partes con canales muy pequeñas: la mayor parte del día se empleó en trabajar en este banco, que no se pudo vencer sin descargar el barco. Caminamos un cuarto de legua muy escaso. El álveo del río y sus costas son sin diferencia como las antecedentes. Los patos abundan, y una especie de garzas pequeñas blancas. La pesca no escasea. Viéronse en el río dos yacarés. Paramos a las 6 de la tarde, y pasamos la noche descansados.

26. El día 3 caminamos a las 9 de la mañana con el rumbo al N, y aunque se logró una canal, duró tan poco, que descabezando en un banco, costó no pequeño trabajo el vencerlo. Descargose el barco, y como después de una corta canal, que seguía a este dicho banco, había otro no menos difícil que el antecedente, nos detuvo este todo el día, agregándose a lo referido el que algunos de la tripulación estaban enfermos. Dormimos aquella noche, después de haber caminado un cuarto de legua. Las arenas, costas, caza de volatería y pesca siguen como hasta aquí.

27. El día 4, después de dicha la misa, caminamos a las 7½ de la mañana con una canal de vara y media de fondo: duró esta tan poco, que luego dimos en un banco pequeño, más bien escaso de agua; por esto y porque la tripulación sigue indispuesta, como se dijo en el día antecedente, no fue posible en todo el día vencer esta dificultad, sin embargo de que el barco estaba descargado. Al cerrar la tarde dimos con una canal larga y profunda, y en ella paramos después de haber caminado menos de un cuarto de legua. Pasamos la noche sin novedad. La madre del río, barrancas, costas &c., siguen sin diferencia.

28. El día 5 caminamos a las 8 de la mañana con el rumbo al N, y como torció la canal, seguimos con ella al NE. Hallamos la dicha canal larga y profunda, en partes de cinco varas, en partes menos, siempre con la variabilidad que se ha notado. Encontramos un banco que fácilmente lo vencimos, lo que no paso con otro que hallamos a las 11 del día, pues este era muy largo y escaso de agua: por cuyo motivo fue preciso desde aquella hora descargar el barco, en cuya maniobra se nos fue la mayor parte de la tarde, sin que al cabo de ella se consiguiese más que vencer alguna parte de él. Cayó la noche, y dejando el barco atravesado en medio de la corriente, saltamos a dormir en tierra, y en ella se encontraron muchísimos rastros de vacas, antas y ciervos, y donde se arrima el monte alto de algarrobos, sauces y chañares, volvimos a encontrar con porción de pavas, de las que se cazaron muchísimas con poco que se anduvo el monte. Este cae a la parte del poniente, más la del oriente es un campo poblado de matorrales y pastales: estos últimos los hay también abundantes en la dicha costa del poniente. Pasamos aquella noche sin más novedad que un fuerte y continuo viento que nos molestó muchísimo. En todo el día sólo

caminamos como media legua, y habiendo parado nuestra caminata a las 11 del día, cesó el trabajo a las 5 de la tarde.

29. El día 6 amaneció todo el día nublado y el viento recio, por cuya razón cesó el trabajo todo aquel día. Andúvose el monte como el día antecedente referimos, a fin de ver si en la noche antes había caído alguna res. Fue el temporal contrario a nuestros intentos, y nada conseguimos: sólo si hallamos una laguna muy larga, que descabeza junto al río. Con haber atravesado el barco, se formó canal en la mayor parte del banco, la que se logró, quedando muy poco del dicho banco para el día siguiente. Este mismo día partieron el padre capellán y el práctico a reconocer el río hasta las juntas de Tarija. Pasamos la noche sin novedad.

30. El día 7, a las 10½ de la mañana, comenzamos a caminar, continuando siempre el temporal del día antecedente, siguiendo el rumbo del N. Logramos una canal, cuyo fondo era variable como el de las que quedan referidas. Encontramos dos bancos pequeños que se vencieron con facilidad, más no sucedió así con otro largo, pues este nos detuvo todo el día. Sin embargo de las muchas diligencias que se practicaron, quedó el barco atravesado al fin del banco aquella noche, la que pasamos con descanso. Costas, caza y pesca siguen como hasta aquí. Caminamos aquel día poco más de un cuarto de legua.

31. El día 8 salimos a las 8¾ de la mañana, siguiendo el rumbo al NO; y como aquí hace el río un gran recodo, se mudó el rumbo al NE. Hallamos canales largas y de profundidad, unas de cinco varas, otras de una, que es lo bastante para que camine un barco. Encontramos tres bancos, dos de ellos poco nos dieron que hacer, y el uno, aunque corto, muy escaso de agua, nos consumió considerable tiempo y trabajo. Por fin salimos de él, y caminamos todo el día media legua larga. Paramos a las 5 de la tarde. Por la costa del oriente encontró Félix Cabrera dos lagunas, grande y chica, y las dos tenían conchas, que en la forma y color eran semejantes a la madre de perla: trajo de ellas alguna, y quedando en vista de ellas en enviar al reconocimiento de las lagunas, a lo que estaban prontos todos los oficiales, no se pudo verificar, tanto por la distante situación de ellas, cuanto porque ya caía la noche, y era mucho monte. Lo demás de las costas, caza y pesca siguen sin diferencia de lo expresado. Pasamos la noche sin novedad. Este día se vio otro pejecillo igual al que antecedentemente se tiene notado.

32. El día 9 salimos a las 8 de la mañana, siguiendo el rumbo al N. Hallamos una canal bastante larga y profunda. Tuvimos dos bancos, el uno con bastante trabajo pasamos, y en el segundo gastamos toda la tarde. Al fin cerró la noche, y dejando el barco atravesado, cesó el trabajo a las 6 de la tarde. Llegó este día el padre capellán con el práctico, trayendo felices nuevas del Río de Tarija, y poco funestas de este, por no haber ya bancos tan repetidos. Las costas, caza y pesca son en todo semejantes a las antecedentes. Caminamos poco más de legua, y en toda la noche no hubo novedad.

33. El día 10 paramos en el banco arriba dicho, siendo la causa una indisposición que acometió a los más de la tripulación. Este propio día, río abajo, partió con orden mía el padre capellán con el práctico hasta las juntas del Bermejo, y desde ahí, aguas arriba, hasta el desemboque del de Centa a la reducción de este nombre, a fin de comprar seis reses: pues, aunque no se sentía escasez de víveres, pero como se veía la gente

amenazada de quebrantos de salud, determiné invernar algunos días, y darles carne fresca.

34. El día 11, habiéndose aliviado la gente del achaque referido, salimos a las 9 de la mañana, siguiendo el rumbo al N; y aunque costó alguna dificultad vencer la parte del banco que nos quedaba, logramos una canal larga y de bastante profundidad. Hallamos cuatro bancos, y uno de ellos nos detuvo la media tarde que nos restaba, y habiendo parado allí, pasamos la noche sin novedad. Caminamos tres cuartos de legua, después de haber bregado la mayor parte del día con un duro viento que soplaba por la proa. En este trecho se notó total semejanza de las arenas con las antecedentes referidas. Las costas sin diferencia, pues en la del oriente siguen los campos alternados con monte, y en la del poniente, según alcanza la vista, hay monte alto de chañares, algarrobos, sauces, etc. La abundancia de pavas y patos sigue, y la de los ciervos: pues ayer, luego que amaneció, llegaron dos cerca del barco que estaba varado.

35. El día 12, caminamos a las 8 de la mañana siguiendo al N, que habiendo hecho un recodo el río, torció al NO. Hallamos tres canales de considerable fondo: pues la una pasaba de cinco varas, las otras de la profundidad bastante. Cuatro bancos tuvimos que pasar, y el uno, que era largo, nos detuvo. En él, habiéndolo vencido, paré a las  $4\frac{3}{4}$  de la tarde, y en aquella noche no hubo novedad. Las arenas, caza y pesca son en todo semejantes a las antecedentes. Las costas en la propia forma, si bien que en las del poniente se ven palmares muy inmediatos al río, de los que se cortaron algunos cogollos y se hicieron ensaladas. Caminamos este día media legua, a pesar del viento E que nos impedía el paso.

36. El día 13, caminamos a las 9 de la mañana, siguiendo el rumbo al E, por una notable vuelta que da el río. Pasamos el retazo de banco que nos quedó de la tarde antecedente, y habiendo logrado una canal corta y de tres varas de fondo, dimos en otro banco pequeño: pasado este, encontramos otra canal larga y de la profundidad de la antecedente, la que desembocó en un banco bastante largo: en éste, después de haber pasado la mayor parte, paramos a las 5 en punto, y en toda la noche no hubo novedad. La caza, pesca, costas y el álveo del río siguen como en los demás días. Caminamos media legua.

37. El día 14, habiendo pasada el resto del banco del día antecedente, caminamos a las  $10\frac{1}{2}$  de la mañana, torciendo del SE (a cuyo rumbo quedamos el día antecedente) al E. Seguimos una canal de longitud de dos leguas, y de profundidad varia, la que remata en un banco muy largo, donde abre el río con extremo. Llegamos a este sitio a las 3 de la tarde, y mientras se registraban las canales se pasó considerable tiempo. Halladas estas, sino bastantes para que el barco surgiera (para esto es menester una vara de fondo cargado el barco), a lo menos más fácil para llevar la embarcación a empellones, nos tomó la noche después que del banco se venció considerable parte. Paramos a las 6 de la tarde, sin que en esta noche hubiésemos tenido novedad. Parece que en este día, como en algunos antecedentes, se conjuró contra nosotros el viento E, (que este con el N reinan en estos países, y solo para hacer temporal sopla el S), pues nos impedía el paso y varaba la embarcación, a pesar de los botaletes que la gobernaban. El álveo es en todo semejante al que atrás se ha referido. Las barrancas son medianamente altas y montuosas, pero con



especialidad las del oriente son de un monte alto, cerrado y de bellas maderas: viéronse nogales, cedros, algarrobos, quebrachos y sauces; aquí también se encontró un árbol, que según dicen los paraguayos que vienen en la tripulación, se llama *pitereví* en su idioma, y su madera, aunque no en la color, es muy semejante al nogal. Estos son los árboles que a la pasada se nos presentaron a la vista, y así no es dudable que más adentro habrán otros muchos y apreciables. Las pavas y patos de diversas castas siguen copiosamente. Todo este día caminamos dos y media leguas.

38. El día 15, el 16 y 17 paramos en este propio banco, habiendo sido la causa de nuestra detención el haber errado la canal, y también un temporal frío, y la inconstancia de las arenas que por momentos mudaban las cortas canales que a fuerza de industria se abrían. Pero lo que más cooperó a nuestra demora fue la indisposición de que padecieron algunos de la tripulación, y los mejores, pues les salieron unos diviesos grandes, que manando materia los incomodaba y postraba mucho. En estos tres días no acaeció cosa particular, más que habiendo ido los oficiales río abajo por la ribera, a corta distancia, en la propia costa del río, cazaron dos jabalíes, (esto pasó el día 16) de cuya especie no se habían visto río arriba. El dicho día 17, habiendo salido del banco, y logrado una canal que se nos ofrecía, paramos a las 5 de la tarde por ser el sitio a propósito para dormir, y después de puesto el sol, por la costa izquierda, río arriba, vimos venir cinco indios. Estos se iban llegando, pero luego que los llamé con la voz de amigos, pararon y reconociendo cuanto la distancia les permitía el barco, sorprendidos de una cosa para ellos no vista, se entregaron a una presurosa fuga. Quedamos esta noche con cuidado de si serían *bomberos*, (llaman así a los espías) que venían observando nuestros movimientos, y dudando al mismo tiempo si fuesen Chiriguanos, u otros indios de pasiones enemigas. En fin, di las disposiciones para pasar aquella noche, en que no hubo novedad.

39. El día 18, estando tomando las disposiciones para caminar, se oyó por dentro del monte de la costa del oriente, en que pasamos la noche anterior, un gran ruido de caballos que denotaba un copioso número, y como con el acaecimiento del día antecedente poco más o menos podíamos presumir lo que era, estuvimos prontos para todos acontecimientos. Esperábamos ver lo que era, y escuchamos un tiro de escopeta, al que acompañó la voz de Guzmán, que decía venir con su compañía el capitán de la reducción de Centa. Diose orden de que pasasen adelante, y desembocaron luego de dentro del monte el nominado Guzmán y capitán, con una chusma de más de 50 indios armados bien y a caballo, que temiendo que nosotros veníamos con Tobas, de quienes son enemigos capitales estos indios Mataguayos, habían salido de dicha reducción en esta forma, y más los dos que por baqueanos de la senda, que baja de la nominada reducción de Centa hasta las juntas de este Grande con el Bermejo, le dieron al indicado Guzmán los padres de aquella reducción.

El día 10 de este presente mes queda referido como partieron de nuestra compañía el padre capellán y el práctico Guzmán a traer de la reducción de Centa unas reses para invemar la gente: más se me frustraron estos pensamientos, pues, pretextando imposibilidades en el camino, se me denegaron las reses, experimentando yo en esta ocasión lo mismo que me pasó otras veces que he ocurrido por auxilio, y con más injusticia, porque pedí las reses por mi dinero. Viven todos persuadidos que, por haber

emprendido yo este descubrimiento a mi costa, desmerecen las atenciones a que son acreedoras las órdenes del excelentísimo señor virrey de Buenos Aires, y el servicio de nuestro Soberano Monarca (Dios le guarde muchos años).

Hablé al indio capitán, que se llamaba Clemente Espinola, y le hice saber mi intento, explicándole que este era facilitar el contribuir auxilios a las reducciones fundadas, y exigir otras si las pidiesen los habitantes de estos países. Habiendo visto la carta que me escribe el citado padre, dirigida a suspender y estorbar la empresa, considerando el ningún fundamento que tenía, pues el que alegaba de escasez de víveres era falso, tanto porque tenía todavía más de la mitad de los avíos, cuanto porque, aun dado caso de que el Río Bermejo o Grande (que desde este sitio donde estamos sólo dista cuatro leguas, y la mayor parte de bastante fondo), tuviese iguales dificultades que este, nunca podría detenernos más tiempo que el de dos meses, por no ser tan ingente la distancia que media de este paraje, en que nos hallamos, a la ciudad de Corrientes. Fuera de que, la mayor parte del río es cierto que tiene un canal muy seguido y profundo, según me han asegurado diversos sujetos que lo han visto en varias partes, unos con ocasión de las entradas que años atrás se han hecho a este Chaco, otros con el motivo de los comercios que han tenido con los indios amigos, habitantes de aquellas inmediaciones. Sobre todo en cualquier funesto acontecimiento, habiéndome avanzado tierra adentro por el río abajo, tenía indudable el socorro en La Cangayé. Por todos estos motivos resolví proseguir con el camino, y responder al padre Capellán que yo caminaba sin esperar más bastimentos: previniéndole que si, como decía en su carta, se quedaba porque no esperaba más avíos, lo podía ejecutar. Con esto llamé a embarcar la gente, y di principio a la caminata: quedose el práctico Guzmán en tierra, y a poco trecho que caminamos, chocando con el viento la embarcación, y por no haber reconocido las canales por defecto del práctico, quedamos varados en medio río.

Mandé llamar al referido práctico, a fin de que viniese a cumplir con su obligación: no lo verificó, aun en medio del trabajo que por sus ojos veía sufríamos todos. A vista de esto, y conociendo que ya comenzaba Guzmán a descubrir el espíritu que le poseía, del que había dado ya no pocas muestras en diversas ocasiones, ganado ya del padre Capellán que ha conspirado a mi ruina, sin más motivo que el no haberle dejado más autoridad que la que por razón de su ministerio le correspondía; viendo por otra parte que toda la tripulación llegó al último estado de consternación, por hallarse toda poseída de diversas enfermedades, nacidas del inmenso trabajo impendido en el Río de Ledesma, y de los temporales fríos que hacían, bien que contra mi propio deseo y el de los demás compañeros, determiné dejar el viaje hasta el venidero mes de abril, con el consuelo de que nuestros desvelos quedaron logrados en la primera parte, y en la que se conceptuaba más difícil. No castigué la inobediencia de Guzmán por no desasonar a los indios que con él venían. De todo este nuevo viaje hemos conocido y descubierto, que con vasos grandes es navegable este Río Grande de Jujuy desde el mes de diciembre hasta el de agosto exclusive, y en los demás meses solo en buques pequeños, por los muchos bancos: con la certidumbre de que por aquellos citados meses no hay bancos, raigones, ni barrancas que temer, pues de los reconocimientos que de mi orden se hicieron por los meses de abril, mayo y julio, se encontró este Río Grande de un fondo considerable, tal que, en los propios bancos que hoy se han visto, se halló el fondo de más de cinco cuartas en la parte

que menos: y aunque el río de Ledesma que es mucho menor que este, tenía por los meses de marzo y dicho abril, un caudal bastante para navegar en un barco de la magnitud del que en él fabriqué, esto ha sido en un año tan seco como el presente, en que, como está dicho atrás, se ha sentido la falta de aguas en las provincias del Perú, y en estas del Tucumán y Chaco, en que no se hallaron aquellos lagos formados de las lluvias, que otros muchos años continuamente se encuentran, de donde procedió la muerte del R. P. L., y primer apostólico Fray José Bernardo de Sena.

El trecho corto que queda de este río ya se ha dicho que es de cuatro leguas, y en toda su extensión, hasta las juntas del Bermejo, ha sido reconocido de mi orden en tres diversas ocasiones. La primera mandé al referido padre capellán y práctico en la canoa *Descubridora*: tardaron tres días, y recelando de la relación de los dichos, tuve por bien fuese mi teniente don Ángel de Escobar (que se me ofreció), en compañía de don Agustín Guzmán de la Maza. Partieron estos el día 19 a las 8 de la mañana, caminaron a pie, y por dentro del mismo río llegaron a las juntas del Grande con el Bermejo, y reconocieron ambos ríos, este Grande en toda su extensión de cuatro leguas, el Bermejo un cuarto de legua para arriba: si bien, que como fueron a pie, ni río abajo ni arriba pudieron llegar hasta donde dicen haber caminado los enviados de la primera vez, pues estos afirman haber ido desde las juntas para arriba media legua, y desde el propio sitio para abajo, legua y cuarto. Volvieron estos a las 8 de la noche. Los citados don Ángel y don Agustín, por lo que hace a este Río Grande, aseguran no haber banco en todas las cuatro leguas referidas, y los dichos padre Capellán y práctico afirman lo contrario.

Por lo tocante al Río Bermejo concordaron estos y aquellos, asegurando tener duplicado caudal el Bermejo, solo respecto de este Grande, y ser las aguas de aquel muy claras y transparentes; no así las de este que son turbias y rojas. En cuanto al gusto de las aguas de aquel, dijo el padre capellán ser salobre, y lo contrario afirmaron los indicados don Ángel y don Agustín con el práctico: este afirmó haber en el Grande, junto ya con el Bermejo, un banco en que sólo se hallaba el fondo de una vara, el padre capellán por primera vez afirmó lo contrario, asegurando no haber encontrado, en todo lo que navegaron, un solo banco en que pudiese detenerse el barco cargado y con timón: después, aspirando a salvar la contradicción de sus noticias con las que Guzmán había dado, y la que se notaba en las que este mismo dio en diversas ocasiones, usó de interpretaciones violentas. En vista de esto, se determinó mi asesor a ir acompañado de tres personas río abajo, en la propia conformidad que los que fueron la segunda vez, con el designio de hacer sondear todo el espacio del Río Grande hasta las Juntas con el Bermejo, y de allí para abajo, pidiome la licencia para que, mientras se acomodaba el barco, partiese. ¡Se la otorgué, y el día 27 a las 7 de la mañana caminé, llevando consigo al expresado don Agustín por baqueano que era, a Santiago Pérez y a Juan Alonso Ayala, ambos nadadores. Como estaba la gente enferma, y aun así ocupada en el descargo y acomodo del barco, no pudimos para esta tercera vez valernos de la canoa *Esperanza*, y por ser esta muy grande, era bien difícil el traerla río arriba con solos dos hombres; y en caso de algún asalto de enemigos (que con ocasión de las guerras de Tarija se recelaba se hubiesen recostado los Chiriguano, como otras ocasiones, a estos países, huyendo de las armas españolas) era embarazosa: por lo que, frustrados mis pensamientos, fue forzoso enviarlos en la forma dicha, sin poder echar mano de la canoa *Descubridora*, pues esta la dejó el citado Guzmán en el Río de

Centa aquella vez que fue a la predicha reducción, sin duda con ánimo de imposibilitar otro reconocimiento y aun el viaje. Resultó de esta segunda diligencia, haber sido verificada la relación de los que fueron segunda vez; pues afirmaron, que en las cuatro leguas que había, desde donde quedó el barco hasta las juntas, no había banco alguno para el barco cargado, por ir todo el río en un cuerpo y acanalado con solo tal cual derrame. En solas dos partes se encontraron piedras, siendo la mayor de ellas como el puño de un hombre, y en trecho corto: en la primera parte que a la ida se encontró, están en el propio plan del río y en la orilla; en la segunda no se hallaron sino en la costa derecha de este Río Grande, en el propio desemboque, como embutidas en dicha costa. Ambas están pobladas de monte alto, con mezcla de diversas maderas, también cortaderales y cañaverales, y entre estas una especie de caña hasta entonces no vista: es muy alta, tiene las hojas muy largas, que de mayor a menor van enangostando hasta la punta, y el ancho de ella hacia abajo es de una sesma; los nudos distan entre sí cuando más como una cuarta: desde el pie para arriba hasta la mitad es sólida y pesada, más de allí para arriba es hueca y ligera. Sacose una de entre muchísimas que había, y ésta, cogollo y todo, tendría cinco varas: era madura y seca, según parecía. Quitando el cogollo partieron la caña en dos mitades, cada una era poco más de dos varas: la una parte que era lo sólido, tomó para sí de bordón el Asesor, y la otra que era lo hueco, llevó para sí don Agustín. Diversos tamaños tienen estas cañas, y en partes hay cañaverales de esta naturaleza, y en una estaban verdes y en otras secas.

El Río Grande en su desemboque sigue el rumbo del oriente, y el Bermejo en este sitio corre del poniente a SE. El fondo de aquel es de seis varas, y el de este pasa de ellas. Las aguas de aquel ya se ha dicho son turbias y rojas, las de este son cristalinas y dulces: el caudal de aquel es considerable, y el de este es duplicado: aunque van juntos ambos ríos, no se mezclan, y con la vista no se percibe uno y otro. El Bermejo ocupa la costa izquierda, y esta, desde donde acaba la lomería de Centa, es campo abierto, según se divisa, y la derecha, el Grande. Divídese aquel en dos brazos: el uno de ellos es angosto como ocho varas, y los nadadores no le hallaron pie. De aquí tuerce el río ya junto como para el N, mézclanse las aguas, (es toda su corriente mansa) van de costa a costa llenando el cajón, que era ancho más de una cuadra; y aunque acometieron a atravesarlo Pérez y Ayala, sólo llegaron hasta la mitad, habiéndoles impedido el paso la espantosa profundidad que tenían debajo, y el haberlo de pasar otra vez para juntarse con nosotros. Hecho esto se volvieron el dicho Doctor y sus compañeros río arriba, y llegaron al real el mismo día a las 8 de la noche. Desde este sitio partimos por tierra a la Reducción de Centa, atravesando un camino de doce leguas, poblado por la mayor parte de árboles frutales, como son tatayuba, mistol, mato, algarroba, chañar y sombra de toro. De maderas, el nogal, cedro, pacara, lapacho, quebracho, urundey, viraro, laurel, palo blanco, palo de lanza, quinaquina y otras muchísimas, cuyo nombre se ignoran. La senda era estrecha, y hasta entonces no hollada por plantas españolas, por cuyo motivo me fue preciso abrirla con hachas para que pasasen mis cargas: ofrécese pasar el Río de Santa Cruz que desemboca en el Bermejo, y otro arroyo de porción de agua considerable. La mayor parte del camino costea el Bermejo, y así logré verlo en diversas partes.

Ya se dijo como fueron de mi orden el padre capellán y el práctico a comprar reses de la dicha reducción, y con esta ocasión, desde las juntas del Grande con el Bermejo, se

descubrió éste hasta la boca del de Centa: cómputase la distancia de doce leguas, y por la conteste relación de los dos dichos y de don Ventura Cantero, se sabe el mucho caudal que lleva. Son medianas las piedras que tiene en su corriente, que es mansa, excepto en once decaídas que tiene, las que se forman por correr el río entre peñas: y como son estas de la especie de piedra pómez, muy fáciles para deshacerse, hemos comprendido no es imposible el componer estos pasos, y facilitar la navegación hasta Centa. Poco más abajo de las juntas, en la costa izquierda, viven los *Vejoses*, amigos y emparentados con los Mataguayos; y estando nosotros en la reducción, salieron algunos a comerciar, y trajeron palo santo, del que dicen haber en el monte alto que pasamos al tiempo de venimos a dicha reducción; también trajeron caña de bastón del propio monte, y nosotros vimos una mata. Llegamos a la citada reducción, y habiendo parado allí un día, pasé a reconocer el propio Río de Centa que desemboca en el Bermejo: dos leguas distante de esta reducción es pedregoso, y trae copioso caudal. Prosiguiendo mi regreso, caminé hasta el Fuerte de Ledesma treinta leguas, las que por la mayor parte son montuosas y llenas de frutas silvestres. Se pasan los ríos siguientes: el de Santa Cruz, que desemboca en el Bermejo; el Colorado, que en su desemboque es cristalino, y le llamamos *Río de San Miguel*, el Río Seco, que aunque del paso para arriba tiene agua, esta no alcanza al Río Grande; el de las Piedras, que aunque en el paso las trae, abajo en las juntas con el Grande no trae alguna, y sus corrientes son mansas y rojas; el de Sora, cuyas aguas en estos países tienen la fama de medicinales; el de Oclayas, que es mayor que todos los hasta aquí nombrados; y aunque por arriba es pedregoso, entra al Río Grande con solas arenas. Todos estos ríos, como el de Ledesma y Río Negro, tienen su curso de poniente a oriente; y naciendo unos, otros pasando por la sierra de Calilegua y Centa, llenan con sus aguas las cajas del Río Grande.

De todo este viaje se ha visto, que en el ameno valle que forman por la parte del oriente, la serranía que llaman del *Alumbre*, que corre de S a N, y por la del poniente, las de Calilegua y Centa que corren de S NO, se halla multitud innumerable de árboles y plantas; siendo tan fértiles las tierras, que cuanto se planta o siembra tanto produce: como lo ha acreditado la experiencia en la caña dulce, que hay en tablones en la estancia de San Pedro, que es de don José Acuña, de la que también se hallan algunas matas en la huerta de la reducción de San Ignacio de Tobas; el trigo que lo hay en la dicha estancia de San Pedro, en el Fuerte del Río Negro, y en la reducción dicha y de Centa; el maíz con muchísima abundancia, y todo género de legumbres y árboles frutales. Se encuentran parrales, moscatel y uva negra de buen gusto, manzanos, granados, membrillos, higos blancos y negros, cidras, perales, albarillos y ají, algodón, naranjos de la China, y en los montes, dilatadas arboledas de agrios silvestres, que forman sitios muy deliciosos. Se encuentran cedros blancos y colorados en la llanura del valle y en las faldas de la serranía en toda su extensión, corpulentos y elevados: como también nogal, cuya madera es tan apreciable por todas las naciones, no siendo menos su corteza, porque de ella con el suero de la leche se hace un tinte de finísimo negro; y en la ciudad de Salta se ha experimentado en algunas ropas que se han teñido, con bellissimo lustre. Hállanse lapachos de extremosa grandeza y corpulencia; es madera incorruptible y muy dura, y la más apreciable para carretas, coches y edificios, de la que se ha hecho la quilla del barco, y una de las tablas del timón; y de ellas se sirven para teñir los jabones y astas. Hay quina-quina, madera la más apreciable en esta provincia y en las del Perú para edificios:

es de por sí olorosa, y su resina se aprovecha en el Perú para perfume, y medicinal, logrando de la propia virtud sus semillas. Urundeyes hay tan altos y gruesos que se valen de ellos en las plazas de estos fuertes para las atalayas; también es incorruptible y dura como las antecedentes: laurel, de tan conocidas utilidades, se encuentra en abundancia: viraro, madera fuertísima, y tan pesada, que en cualquier parte del agua siempre se va a fondo; de la que se valió el Director para hacer la principal pieza del timón; y este asegura de que en el Paraguay hacen las tablazones de los barcos de esta madera: palo blanco, de que echan mano para los edificios; pacaras altos y gruesos; la madera de este árbol sirve para entablar, lo mismo que el cedro; quebrachos hay de dos especies, blanco y colorado: son muy altos y corpulentos; y el colorado es incorruptible, por cuya razón llevan a la Villa de Potosí ejes para ingenios, y los pagan cuando menos en 1.800 pesos: las hojas hervidas con fierro hacen una tinta buena, y también la hacen con alcaparrosa. Hay carqueja, que es medicinal: algarrobos blancos y negros, madera fuerte e incorruptible, de la que es todo el costillaje del barco: su fruto o algarroba es apetecido en la ciudad de Santiago para los patayes, y todas estas naciones lo aprecian, como que de ellos hacen sus brebajes, y se mantienen. Hay saúco de Castilla, tan conocido; guayacan, tipa o sangre de drago, mistol, chañar, pino, no el de Castilla, sauces, coronilla, duraznillo, sombra de toro, vinal, cuya virtud es tan conocida, cebil blanco y colorado, cuya corteza sirve para curtir, y sus cenizas muy útiles, como también su resina; algarroba sorruna o quitataco, de excelente hoja para heridas, guayabí, palo de lanza, el mejor para ejes de carretas, palmas, chucupí, tatayuba, y otra infinidad de maderas, que por no conocer sus utilidades, especies y nombres se omiten.

Hállanse también en la Cruz de Balero alcaparras, junto a la hacienda del citado Acuda. La yerba del añil se halla también en las tierras de los indios de la reducción de Tobas, como también en las playas del Río del Valle de Siancas y Centa, con abundancia; y en la referida estancia de San Pedro se halla abundante la zarza-parrilla, y en el valle de Siancas experimentada su virtud; clavillo para teñir de verde, tomates silvestres de gran gusto, porotos silvestres muy ricos, socondo para teñir de colorado, papas muy gustosas y de tres especies, chaguar, en sus pencas útil para tejidos, y en su fruta y raíces, comestible, que lo usan los indios; yuchan, o *palo borracho*, cuyo tronco es a manera de una tinaja: de su corteza forman los indios lazos para poner trampas al ganado vacuno, y cavado el tronco, que es muy blando, sirve para vasijas: su fruto estando maduro, es algodón blanco, y tan suave como la seda: revienta en hermosos capullos, y hasta hoy no se ha descubierto su utilidad. Este mismo, antes de madurar, es leche, y ésta sirve para sisar cristales.

Estas son las plantas y árboles que se han tenido presente y se encuentran en este dicho valle, frontera del Río Negro, dejándose para después referir del *palo santo*, que sólo se encuentra desde el Río de Tarija, tan útil, como se dirá. En las dos serranías que forman el cañón del valle, viniendo desde Siancas hasta donde rematan, se encuentra, en la de la parte del oriente, el alumbre que ha dado nombre a toda ella, y también pedernales de fuego. En la serranía de Calilegua, que como dicho es, cae a la parte del poniente, se ha hallado *sorocho*, que es metal de plomo; y hay tradición antigua de haber metales de plata. Siguiendo la propia serranía, se halla en los llanos la cal, y arriba, alcaparrosa. En el Río Negro, que baja de esta misma parte, se han hallado piedras de molino, y en el de

Ledesma, que tiene su origen a esa misma parte, se ha hallado, entre los muchos rodados y piedras pequeñas que hacia arriba tiene, metal de plata en briznas menudas.

Los ríos que bañan todo este valle son varios, y los conocidos están en apta disposición para regadíos, como actualmente se sacan muchas acequias del de Siancas, de Perico, de Jujuy, Río Negro, de Ledesma, de Ocloyas y de Centa. El curso de todos ellos es de poniente a oriente, menos el de Siancas, que aunque desde el valle de Salta hasta la serranía del Alumbre corre como los otros, desde aquí, hasta incorporarse con el Grande, corre de sur a norte.

Los más de estos ríos traen porción de agua, y sólo el de Ledesma la trae por tiempo de aguas, pues por el invierno mengua muchísimo, más que los demás. El Río de Sora es pequeño, pero tiene gran nombre por lo saludable de sus aguas; y es por esto que desde la ciudad de Jujuy (que según prudente regulación dista 33 leguas de este río) hacen llevar sus aguas, y en él propio se bañan muchos. En este Río Grande se crían muchos y diversos peces, que suben a los ríos que en éste entran. Hállanse dorados, robales, dentudos, surubíes, pacúes, patíes, sábalos, bogas, bagres, rayas, pirabirás, que después se pescaron grandes como una cuarta, viejas, sardinas, armados y mojarras de todos tamaños. Hay también yacarés, y cuando se estaba formando el barco, de una yacaré que tomaron los indios en el Paso Hondo, tuvimos tres hijuelos en el astillero; lobos hay con abundancia.

Los animales terrestres que habitan estos montes, son los siguientes: tigres muy atrevidos y feroces, y abunda mucho en estos países esta especie de fiera; anta o gran bestia, es animal que a porciones habitan estos bosques; liebres, corzuelas. Hay conejos grandes y chicos, pero no con tanta abundancia, pues los indios Tobas los aniquilan; corriendo la propia fortuna los marranos, que hay variedad de ellos. Monos hay de dos especies, grandes en la serranía de Calilegua, chicos, en la del Alumbre y en los montes de Centa. Aguará, hurones, zorros, zorrinos, comadreas y quirquinchos, abundan mucho.

Las aves de estos montes son, pavas, muy suaves al gusto, charatas, diversidad de patos, palomas, loros habladores en abundancia, y otros verdes enteros que no hablan, catitas, calándrias, jilgueros, becasinas, tórtolas, cardenales, hurracas, perdices, con otras muchísimas aves de agua, cuyos nombres se ignoran. Los mosquitos, que llaman *jejenes*, los hay en abundancia. Los zancudos salen de parte de noche, más no se ha reconocido tanta tenacidad y abundancia como de ellos se ponderaba.

Queda en este estado para continuarlo, en dando principio a la segunda, parte. Viña, y noviembre 3 de 1780 años.

Juan Adrián Fernández Cornejo.

OFICIOS AL VIRREY



Excelentísimo Señor:

Después que, desde el mes de marzo hasta el de agosto, estuve ocupado principalmente cinco meses en la Reducción de San Ignacio de Tobas y Río de Ledesma, en cortar maderas y labrarlas; (que me fue preciso hacerlo por dos veces, la primera cuando tomé por constructor a Juan Núñez, a quien abandoné, viendo que ignoraba el arte, pues solo perdió tiempo, maderas y dinero: la segunda a un paraguayo, nombrado Francisco Miguel Guzmán, quien, al cabo de muchas detenciones y tiempo insumido, también en cortar maderas y labrarlas, a penas finalizó su obra a fines de julio) y después que a costa de mis afanes, desembolsos y desvelos, logré ver construidos los vasos, de cuyo número y magnitud ya di parte a vuestra excelencia el 5 de agosto del presente; el propio día comencé a poner en planta mi proyecto, acompañado del Asesor y oficiales, los que ya vuestra excelencia se halla cerciorado que nombré, por el predicho informe de 5 de agosto; y no del padre capellán, pues se mantuvo retirado de mí en el Fuerte de Ledesma, hasta mucho después que entendí en la navegación. La tripulación se componía de 15 individuos, cuyo número era escaso, como expondré en su lugar, sin que pudiese reclamar más gente: pues, habiéndola, pedido al Justicia Mayor de Salta, ni respuesta merecí. Sin embargo de que, cuando (a persuasión del expresado Núñez) elegí por astillero al punto de Ledesma, con el fin de sacar por él los vasos a Río Grande de Jujuy, hice por el indicado marzo reconocer por dos veces el caudal y el fondo que tenía; y aunque entonces pareció apto para el efecto deseado con el curso de los demás, empobreció tanto, que me puso a punto de desesperar el transporte del barco al lugar destinado. Pero, esforzando el ánimo, avancé tanta dificultad con sola mi gente, a vista de que se me negó el auxilio de doce hombres, de los partidarios que están ociosos en esos fuertes, que pedí un día, para maniobrar al comandante del Río Negro; como lo haré constar en informe separado, y que no pude valerme de los indios Tobas reducidos, pues estaban ocupados en el servicio de don Gregorio Zegada, gobernador de las armas de Jujuy.

Ya bien comprenderá vuestra excelencia el gran trabajo que me costaría sacar solo a fuerzas un vaso grande, fabricado a fin de descubrir, y por esto fuerte, y capaz de resistir cualquier choque: porque, siendo más de dos leguas la distancia que había de caminar por un río arenisco de poquísimas aguas, y no por otra parte, pues por los montes y pantanos era imposible, con solos 15 hombres que habían de llevarlo, era preciso echar el último resto a los esfuerzos, y apurar la industria. Así se hacía, y a tanta costa, tan poco se conseguía, cuando en un mes solo dos leguas caminamos. Hacían más oposición a mi designio, ya la propia estación del año, (era primavera) ya la misma naturaleza de la gente: aquella con sus extraordinarias intemperies hacia intratable el agua, aun en días serenos: esta, como desacostumbrada a la especie del trabajo, se consternaba; aquella con los días nebulosos impedía la maniobra, y esta aflojaba en su tesón; de aquí nació haberse visto mi gente poseída de varios achaques unos, que de pronto se manifestaban, y que se dejaron ver después otros. Al fin el 4 de setiembre llegamos al desemboque de éste en el Grande, habiendo sacado, no menos que el mayor atraso del tiempo y la tripulación, el

conocimiento de que este río es navegable solo en vasos pequeños desde diciembre hasta mayo inclusive, desde el Paso Hondo, poco más arriba del Astillero, hasta las juntas.

Puestos ya en el Río Grande, respecto a los reconocimientos que de su cauce se hicieron de mi orden en los meses de abril, mayo y julio en que apareció muy caudaloso, el 5 de setiembre salimos de aquel río en el barco. Pasa como una cuarta a la quilla el timón que se le puso con los remos: como por el curso de tiempo había menoscabado su caudal, quitose el timón y los remos, fiando solo de los botaletes el gobierno. En 35 días navegamos 56 leguas; pues el 18 de octubre paró nuestro viaje. En todo este espacio hallamos algunos bancos, pero no insuperables, cuando sin más arbitrio que el impulso de poca gente se vencían; son areniscos y gredosos; de manera que, si la tripulación no se hubiese visto ya cansada con el trabajo del Río de Ledesma en caminar el citado espacio de leguas, hubiésemos tardado menos. Contribuyeron a esto los vientos este y norte, que nos fueron contrarios; pues soplando reciamente por la proa con la cubierta de cueros que llevaba el barco, lo hacían parar.

Los meses anteriores a este, se veía el copioso cauce de este río, pues la última vez (por julio) que hice reconocer su fondo con el referido Guzmán y José Ramírez, caminaron muchas leguas río abajo, y no hallaron banco alguno: gastose el mes de agosto en Ledesma, y el de setiembre nos tomó en éste; con que, teniendo (como este Río Grande tiene) su origen del Río de Humaguaca, y los cinco ríos que corren antes de la ciudad de Jujuy, aunque Siancas, Perico y el Río Negro le aumentan sus aguas, es preciso que por los dichos agostos, setiembre, octubre y noviembre mengue, por lo mismo que faltan las lluvias, y que por este tiempo más que en otro se sangran unos y otros en muchísimas acequias para los riegos de las sementeras. Agregose a esto un año muy escaso de aguas, pues en esta provincia del Tucumán y en las del Perú se ha experimentado notable sequedad: tal que en Potosí hubieron de no moler de noche los ingenios, y en este Chaco no se encontraron tantos lagos como solía haber, de que procedió la muerte del P. L. Fray José Bernardo de Siena.

Esto mismo convencen las costas del río: en ellas se ven palizadas arrojadas de las aguas, muy distantes de las márgenes en que hoy se ciñe: los bañados dilatados, los madrejones nada inmediatos, y las propias barrancas; pues a más de las pequeñas de arena que ahora tiene se ven otras mayores de tierra, y retiradas de modo que están mostrando que por los meses de diciembre hasta julio va el río pujante bañando de costa a costa, y en los posteriores, ya pobre reducido a más estrechos límites. Y siendo estos areniscos en la mansa corriente, se van desmoronando y cayendo poco a poco en muchas partes, formando así unos bancos nada estables, pues hoy están acá y mañana no se encuentran: y es de modo que, cuando que lo nuestro barco atravesado en un banco, al siguiente día hallábamos formada canal, unas veces mayor, otras menor, según la copia de aguas. Estas tienen su curso muy quieto y pacífico; siendo prueba de ello, que dos individuos de la tripulación bajaron por el río ocho leguas, en unas pelotas de cuero de vaca, y sin trabajo alguno.

De lo dicho se conoce, que este río en cualquier especie de vasos, desde el punto de que salí hasta desembocar en el Bermejo por los dichos meses, desde diciembre hasta julio, es

navegable. En estos se puede viajar sin temor de bancos, ni de aquellas barrancas que tanto ponderaban; pues entonces no caen y ni pueden caer, porque las aguas sobrepujan a su superficie y rebalsan. Por los meses de agosto hasta noviembre inclusive se puede navegar en vasos pequeños; para estos no hay bancos y menos barrancas, pues las que caen son muy chicas, y no pueden ofender; y las grandes están bien examinadas de las crecientes. Desde el referido punto de Ledesma, este río puede ser trajinado para arriba, hasta el de Siancas y juntas del Río de Perico, por los citados diciembre, y los siguientes hasta julio, en vasos medianos y pequeños.

A más de ser tan segura esta navegación, es muy deliciosa por las vegas que forma el río, y es muy proveída de caza y pesca: sus aguas son saludables, sus costas abastecidas de diversísimas maderas y aptas para silgar, y aun para recogerse y abrigarse en los grandes recodos que hace el río; y finalmente, las corrientes son muy sosegadas y mansas: con que tiene cuanto se puede desear para el efecto de navegar, bien que con la limitación arriba expuesta de los tiempos y vasos respectivos.

Solo cuatro leguas faltaban para llegar con los vasos al propio Bermejo; y ni este espacio tiene tropiezo alguno en los citados meses de diciembre y los siguientes hasta julio. Tres veces se reconoció a este dicho espacio, la primera por el padre capellán y práctico. Receloso yo de la relación de estos, por una contrariedad mutua que les noté, envié por segunda a don Ángel de Escobar, mi teniente, (que se ofreció) y a don Agustín Gómez de la Maza. Trajeron estos relación en parte opuesta a los primeros, y para mayor seguridad, accedido a la solicitud de mi Asesor, el doctor don Mariano Sánchez de Velasco, le permití bajar al propio efecto de reconocer el río, acompañado de tres personas: trajo este las noticias conformes a la relación de los citados don Ángel y don Agustín. Todo consta en el diario con mayor extensión, a que me refiero, sin omitir expresar por especial una especie de caña para nosotros nueva. Hallose en las costas del citado Río Grande, en cinco partes, y de una de ellas, cortada una, se vio que tenía cinco varas de alto, que estaba seca y madura: tenía sus nudos entre sí distantes una cuarta; desde el pie para arriba era sólida y pesada hasta la mitad, y de aquí hasta el cogollo era hueca y ligera la otra mitad; eran sus hojas muy largas, y en figura de mojarra de lanza, que comenzando en una sesma de ancho, remataban en una punta aguda, caminando de mas a menos.

Las propias tres veces por los mismos sujetos se reconoció el Bermejo: todos convienen en que este trae un duplo más de agua, que el Grande, que sus corrientes son mansas, cristalinas y dulces, y colmadas de peces más que las de los otros. Poco más arriba de las juntas, al retirarme a la reducción de Centa, vi el dicho río y hallé ser verdad cuanto por los nominados se me aseguró. También, habiendo enviado al padre capellán, al práctico y a don Ventura Cantero, por el Río Grande abajo hasta el Bermejo, y por este arriba hasta el de Centa a la dicha reducción, a comprar unas seis reses, para que invernarse la gente algunos días, y se restableciese de sus achaques, se reconoció todo el citado Bermejo en el espacio que hay desde las juntas del Grande hasta las del referido Centa; y de esta diligencia resulta ser navegable también acá, pues es considerable su fondo y sus corrientes mansas: a excepción de once partes en que tiene algo rápidas sus caídas, por unos declives que forma el cajón (este es firme) en que va, el que por ser de peña blanda o piedra pómez, es fácil componer. Remítome al diario en esta parte.

Aquel sumo trabajo impendido en Ledesma en sacar el barco, tuvo tan funestas consecuencias, que postrando a la gente, me puso en estado de no poder pasar adelante: pues asaltados de unos diviesos y otros varios dolores, quedaron imposibilitados para el trabajo. Este fue el motivo que tuve para hacerlos invernar: para cuyo fin pedí, por mi dinero, seis reses al capitán de la reducción y fuerte citado; pero nada conseguí, porque aparentando imposibles, todos conspirados a cortarme el paso del viaje, me negaron las reses.

En este estado, temiendo que si adelante pasase, tomase en la tripulación más cuerpo este mal, y porque en aquellos lugares tan apartados de la católica conversación no peligrase alguno, resolví suspender este descubrimiento: contribuyendo a esto mismo, el ver que el práctico se me rebeló; pues a cada descubierta, como sucedió el día que con la respuesta del capitán vino de la reducción, se estuvo en tierra, viéndonos bregar en vano con solo cuatro hombres contra un furioso viento en medio del río, y no quiso llegarse, sin embargo de que lo llamé: cuya inobediencia fue forzoso disimular, porque no tomasen motivo de recelo el capitán de los Mataguayos, y la patrulla de indios que llevó consigo, los que llegaron al barco bastante recelosos, como aparece en el diario. Tenía ya resuelto el práctico el huirse con los dos paisanos que allí venían, en caso de haber la más mínima novedad. Temía, pues, verme sin práctico, ni timonero, por todo lo cual resolví parar el curso de mi empresa hasta el abril que esperamos del año de 1781, en que, con el favor divino y protección de vuestra excelencia, espero concluir felizmente mi descubrimiento en el propio barco en que acabo de viajar, el que dejé en el Río Grande, bien acondicionado. Pero si (como temo) tengo la desventura de que los indios Mataguayos reducidos en Centa lo desbaraten, he determinado fabricar otro vaso en esta mi propia hacienda de la Viña, en las aguas del de Siancas, cerca del Río de Perico.

Ya me prometía, Excelentísimo Señor, ver muy de cerca descubierta el camino más cómodo, útil y delicioso, por donde pueden fácilmente comunicarse las extendidas provincias de tan dilatado virreinato, como este que está sujeto al gobierno justificado de vuestra excelencia: no dudaba mostrar de una vez la conducta más segura, fácil y breve que debían tener los situados que vienen del Perú, embarcándose o en las Juntas del Río de Centa con el Bermejo, o en las de este con el Grande: pues desde Humaguaca a este sitio de Centa hay 22 leguas por el nuevo camino, y desde este mismo sitio a Jujuy, hay 60; de donde, si se pasa al dicho Humaguaca, se caminan 30 leguas más: y es clara la diferencia y ahorro de leguas. A más de esto, por Humaguaca a Centa se pasan solos dos ríos pequeños, cuando por Jujuy hay muchos y peligrosos que son muy precisos. El camino nuevo de Humaguaca está colmado de pastos, y el de Jujuy es muy escaso de ellos.

Las ventajas de esto son notorias, y las explico en otro informe: estas propias se sentirían en los azogues de Europa, los géneros de Castilla y la yerba del Paraguay; y por esta misma vía podrían abastecerse esas provincias del Río de la Plata y Paraguay, de trigos, maíces, sal y todos víveres, tintes, cueros y maderas, que por su fecundidad es como almacén esta provincia del Tucumán. Tantas cosas trae consigo esta empresa, de cuya utilidad ya la perspicacia de vuestra excelencia se halla bien impuesta. Por todos estos

motivos, desde luego que el postergarlo me ha sido forzoso y muy doloroso, me ha quedado la satisfacción de haber logrado en una parte mi viaje, y haber visto que los horribles escollos que ponían, eran sólo figurados, corriendo igual fortuna la impostura vertida contra estos países, de estériles de maderas y víveres: no lo son, y sí por extremo opuesto, fecundísimos. Lo muestra el diario, y los documentos que le acompañan.

Restituíme al expresado fuerte y reducción de Centa por tierra, atravesando 12 leguas de distancia, por unos montes elevados, llenos de diversísimas maderas: y para pasar fue preciso abrir con hacha una estrechísima senda de indios, hasta entonces para todos los españoles no vista. Fuimos, pues, nosotros los que la hallamos y compusimos; y por ella llegamos a la reducción referida, y de aquí me restituí al Fuerte de Ledesma. El camino es de 30 leguas, y la mayor parte de monte alto, opulento en maderas varias y árboles frutales. Llegué, en fin, a esta hacienda de la Viña, de donde pongo en noticia de vuestra excelencia lo referido, remitiéndome en todo al diario que acompaña a este.

Nuestro Señor guarde la vida de V., E. muchos años. Viña, y noviembre 15 de 1780.

Excelentísimo Señor.

A los pies de vuestra excelencia, su rendido servidor

JUAN ADRIÁN FERNÁNDEZ CORNEJO

Excelentísimo Señor Virrey, don Juan José de Vertiz y Salcedo.

## II

Excelentísimo señor.

Señor:

Sin embargo de que vuestra excelencia, a fin de que yo más fácilmente pudiera verificar la empresa del descubrimiento, se sirvió mandar a todos y cualesquiera jueces de su gobierno que me impartan los auxilios que yo pidiese, cuantas veces en virtud de esta orden ha ocurrido a los de las ciudades de Salta y Jujuy, he experimentado lo contrario. Así me pasó, cuando habiendo dado principio a la fábrica de los vasos para el viaje, escribí carta oficio al Justicia Mayor de la referida ciudad de Salta, don Antonio Figueroa, para que me auxilie con algunos hombres: pues éste, faltando no sólo al respeto debido a vuestra excelencia sino también a las reglas de la urbanidad, no me contestó ni favorable ni adverso.

Habiendo determinado echar el barco al agua en el Río de Ledesma, escribí igual carta oficio a don José Lorenzo Sarverrú, comandante de las fronteras del Río Negro, jurisdicción de Jujuy, para que de los soldados que tenía en los presidios me auxiliara con doce hombres que había de ocupar sólo un día: este, como tenía y tiene puesto su anhelo

en mis atrasos, se negó a mi solicitud. Por su contesto se deja ver como este comandante quiero caracterizarse tan particularmente, que las órdenes de vuestra excelencia que hablan con todos, presume no hablen con él, por no expresarse su nombre; y es tal la ciega adhesión al Gobernador de armas, que aun en caso de hablar con él alguna orden superior, dice, consultaría primero a su dicho Gobernador: prefiriendo sin duda la decisión de este al mandato de un Excelentísimo Señor Virrey. No es mucho, que como del referido Gobernador pende toda su fortuna, le ha de lisonjear.

Otra carta, que me fue dirigida por el presbítero Maestro don Santiago Antonio de Heredia, demuestra el espíritu que reina, en el citado Comandante: este procura dañarme, pues con sus influjos ha hecho que Juan Núñez, después de haberme perjudicado por su ignorancia y falsedad en la forma que después expresaré, se niegue a la solución del justo cargo que le hago de unos pesos que le suplí. Y es de ponderar, que siendo el nominado maestro Santiago cuñado del dicho Comandante, haya vertido expresiones groseras contra mí: y es el caso, que como es tan notoria la enemistad que me profesa, ni sus mismos afines la pueden disimular.

Entre los sujetos que alisté para el viaje, fue uno José Quiroga, partidario voluntario que estuvo en el Fuerte de Ledesma. Este pues, en virtud de contrato conmigo celebrado, borró su plaza, a pesar de algunos que le reprochaban su pensamiento; y como se partió a Jujuy a cobrar el sueldo devengado por el tiempo que había servido, no pudo resistir a las persuasiones que le hicieron, a fin de separarle del intento de acompañarme. Y entre los muchos que se propusieron este objeto, uno de ellos fue el Comandante; (siempre las insinuaciones de los superiores son preceptos para los súbditos) y con ellas logró que, resuelto Quiroga a no acompañarme, se quedase en Río Negro.

Esta enemistad ha sido transcendental a todos los oficiales de esta frontera del Río Negro. Los más de ellos han conspirado a entorpecer mi proyecto y desairarme: a excepción del capitán de Ledesma, don Mauricio León, quien se ha portado imparcial; bien que con el trabajo de no dar que sentir por esto mismo al Comandante y a sus superiores. El teniente don Francisco Javier Rodríguez, que reside en la reducción de Tobas, constándole como hice seguir hasta el lugar de su residencia a Vicente Cardoso que desertó de mi compañía, teniéndolo a su vista, no fue para prenderlo, antes sí lo ha mantenido libre en su piquete, y en él existe.

Habiendo determinado suspender mi viaje y descubrimiento, después que en el Río Grande dejé asegurados los vasos en que navegué: pasé a la reducción y Fuerte de Centa. Llegué a las puertas de ese fuerte sobre tarde, en ocasión que estaba lloviendo: pasé al capitán de él D. Rafael Arias un recado político, pidiéndole licencia para pasar a saludarle dentro del dicho fuerte. No solo no tuve respuesta a esta atención, sino, lo que es más doloroso, pasé el sonrojo de que se me negase la entrada, dándome con las puertas en la cara. Lleno de rubor y de sentimiento, a vista de que por los derechos de hospitalidad al más despreciable pasajero se le debe dar posada, y a mí con mayor razón, tanto por la circunstancia de la lluvia, cuanto por el carácter con que vuestra excelencia me ha honrado, y por el servicio de ambas Majestades, y bien pública en que en aquella actualidad entendía, advirtiendo la notable diferencia, que hay de él a mí: y finalmente,

teniendo presente que me sería culpable no hacer observar los fueros y privilegios de mi empleo, me franqué yo propio las puertas, y tomé posada en uno de los muchos cuarteles que estaban desocupados.

Hasta aquí, Excelentísimo Señor, han llegado los desaires que he padecido. Este ha sido el punto de mis adversos conspirados, que si logran proporciones de abatirme, aun en la más miserable situación, no dijeran basta. Ni a estos oficiales, ni al comandante he dado la más mínima ocasión para tales proceder: pero ya verá vuestra excelencia que el eje que mueve toda esta máquina no ha sido otro que el padre Fray Francisco Morillo que yo pedí por capellán. Yo lo pedí, más ya conozco que los empleos de cura doctrinero y prelado de su religión me engañaron, pues me le representaron un religioso grave, y solo lo había sido en lo material. Este pues, viendo que por el mes de julio no seguí su pensamiento, en dejar toda la empresa hasta el año venidero, y habiéndole salido falsa la idea que concibió de gobernarnos a todos en ella, no solo en lo espiritual, sino también en lo temporal; como no le di lugar para esperar fuera del convento las resultas del último capítulo que se celebró, engendró el mayor encono contra mí, y procuro vengarse de mil modos. Quiso esperar las citadas resultas, y escudado del título de capellán quería salir de fraile. Por esto pues, antes que el viaje, conspiró contra mí el comandante; y como sabía que a este le había de pedir auxilios, creyendo que con cerrarme esta puerta había de imposibilitar mi pronta salida, influyó en el citado, de tal modo, que me negó el auxilio: pero no logró su intento. La misma prisa que me daba a cumplir con lo propuesto a vuestra excelencia, eran los más vivos estímulos del encono del padre capellán, y siguiendo su comenzado designio, impresionó a Juan Núñez en que los mismos pesos que me debía no tenía obligación de satisfacerme. En las lecciones de su odio aprendió el padre capellán tales doctrinas. Del sonrojo que padecí en Centa fue su autor principal este religioso.

Habiendo conseguido ya hacerme la guerra por de fuera, no omitió el meter esta perniciosa cizaña entre mi gente: quiso atraer algunos a su partido, no logró sino con solo Francisco Miguel Guzmán. Este, que no está acostumbrado, a tratar con toda fidelidad, corrió siguiendo al padre capellán. Con dificultad debería persuadirse vuestra excelencia que el padre Morillo buscase para su parcial entre los míos a uno que, «no es muy seguro en la santa virtud de la verdad»; pero realmente, para tales operaciones semejantes sujetos son a propósito. En efecto, el citado Guzmán obró con destreza, según las reglas del padre capellán que es cavilosísimo, y él como práctico iba a buscar las canales: pero huyendo de propósito de ellas, metía la gente y el barco en bancos, y reconvenido por uno de los de la tripulación sobre esta conducta, respondió, que trabajasen, y *reviente la gente*. Cuando estaba dirigiendo la construcción del barco, determinó detener la obra hasta más no poder, y así lo cumplió. Luego que echamos el barco al agua, habiendo dado principio a caminar, dejó sus trastes de gurupa y recado en el astillero; quedose allí a dormir esa noche, supe que su intento era desertar, y envié para estorbarlo personas que disimuladamente le guardasen esa noche. Estando ya caminando, determino huirse, y así le dijo a su paisano Alonso Ayala, que en habiendo la más mínima novedad a él adversa, huirían los dos en compañía de Tomás Paramini, en la canoa *Descubridora*, río abajo.

Luego que volví a la nominada reducción de Centa, como desde los días antecedentes estuvieron en ella los expresados padre capellán y Guzmán, echaron las voces de que la gente en el viaje se moría de hambre. La falsedad de esta especie está descubierta con sólo reflexionar sobre la naturaleza de sus autores, el uno caudillo de la conjuración contra mí, poco amante al otro de la santa virtud de la verdad; y tal, que desde los principios estaba en conato contrario contra mí: pues, habiendo quedado concertado conmigo a fabricar el barco y a acompañarme en el viaje, después que tomó dinero de mis manos a esta cuenta, fue preciso para que viniese a cumplir su contrato, hacer varias diligencias.

Por todos estos hechos, ya la superior comprensión de vuestra excelencia se habrá impuesto de lo mucho que he tenido que padecer en este viaje, y que para verificar el descubrimiento de la parte que me resta, es preciso remediarlo. A este fin (bien que contra mi gusto) he hecho presente los hechos referidos, y protesto que si me fuese posible, omitiría el cansar la preocupada atención de vuestra excelencia. Así pues pongo en su superior noticia, de como al dicho Juan Núñez le di algunos pesos a cuenta del trabajo del barco que se obligó a fabricar. Puesto a la ejecución, como totalmente había ignorado el arte, no solo no fabricó vaso, pero al cabo de dos meses vanamente gastados, después que me hizo cortar y labrar mucha madera que no sirvió, sacó un entusiasmo totalmente inútil. Los inteligentes, a vista de este hecho, conocieron la insuficiencia de este falso constructor. Condenele en los gastos y perjuicios que me ocasionó; y a vista de la ingratitud con que procede, desde luego revocó esta condenación, y desde ahora, para cuando haya lugar y tiempo, los demando, juntamente con lo que le suplí, y protesto hacer constar debidamente ante vuestra excelencia mi derecho en tiempo y forma.

Asimismo suplico a vuestra excelencia sirva mandar al referido padre Morillo no me acompañe; antes si sea recogido a sus claustros, a aprender a vivir despegado del mundo: e igualmente, para que yo pueda seguir mi empresa, librar una orden rigurosa a los Gobernadores de las armas de las ciudades de Salta y Jujuy, y a sus respectivos comandantes, y en especial al del Río Negro y sus oficiales, para que en el resto de mi empresa, ya que no me dan auxilio, no me estorben por manera alguna el viaje, dando al referido Francisco Miguel Guzmán el destino que vuestra excelencia viese ser conveniente.

Nuestro Señor guarde a vuestra excelencia dilatados años. Viña, y noviembre 15 de 1780.  
Excelentísimo Señor.

A los pies de vuestra excelencia, su rendido servidor

JUAN ADRIÁN FERNÁNDEZ CORNEJO.

Excelentísimo Señor Virrey, don Juan José de Vertiz y Salcedo.



Excelentísimo Señor.

Señor:

Habiendo acaecido los inconvenientes por parte de Fray Francisco Morillo, capellán del descubrimiento y navegación del Río Bermejo, y las alteraciones de los indios del reino, suspendí continuar el viaje de mi navegación hasta el presente, que intenté por el mes de agosto: y habiendo despachado gente al carenar el barco, y fabricar una canoa, con este motivo se convocaron las naciones de Vejoses, Matacos y Tobas, que residen en la parte oriental del Río Grande, deseosos de vengar las muertes de los suyos, que en las alteraciones pasadas se ejecutaron, por haber salido a auxiliar los Tobas para hostilizar las ciudades. Supe que intentaban avanzarme antes de embarcarme, por algunos indios que encontré en la costa del Río de Tarija o Bermejo, que venían para la reducción de Centa, por no mezclarse en la conjuración de los suyos, y con otros movimientos que observé: por lo que tuve a bien retirarme, por no tener en aquellos parajes quien me auxiliase hasta embarcarme, ni orden para romper guerra con ellos.

El descubrimiento de la navegación ya está hecho a mi costa, y sin ningún auxilio. Yo lo navegué hasta el de Tarija, y de allí Morillo en mis embarcaciones, con mi gente asalariada, que aunque don Francisco Arias se le agregó al pasar por las reducciones de la Cangayé, no hizo otra cosa que añadir una canoa de siete varas para conducir su equipaje. En esta atención se ha de servir la superior justificación de vuestra excelencia declarar haber cumplido con lo prometido. Y siempre que vuestra excelencia conceptúe sea preciso que se vuelva a sondear el dicho río, estoy pronto, con tal que se me franqueen los auxilios que vuestra excelencia tiene ordenado.

Desde las fronteras del Río Negro hasta el de Tarija, por los meses de diciembre hasta junio, es navegable en embarcaciones grandes, y los cinco meses siguientes en canoas y balsas; y desde el dicho Bermejo hasta Buenos Aires, en todo el año, sin peligro alguno de saltos, arrecifes ni corrientes: con abundancia de pesca y maderas, desde el Río de Ledesma hasta el de Tarija o Bermejo adelante, de cuantas produce el Paraguay y esta provincia del Tucumán, y muchas no conocidas, y en tanta abundancia que se pudiera hacer astilleros para muchos reinos. Omitiendo decir más por no cansar la atención de vuestra excelencia

Nuestro Señor guarde a vuestra excelencia muchos años. Salta, 24 de Octubre de 1783.

Excelentísimo Señor.

Beso la mano de vuestra excelencia, su súbdito

ADRIÁN CORNEJO

Excelentísimo señor virrey don Juan José de Vertiz.